

JORGE DE ANDRADA



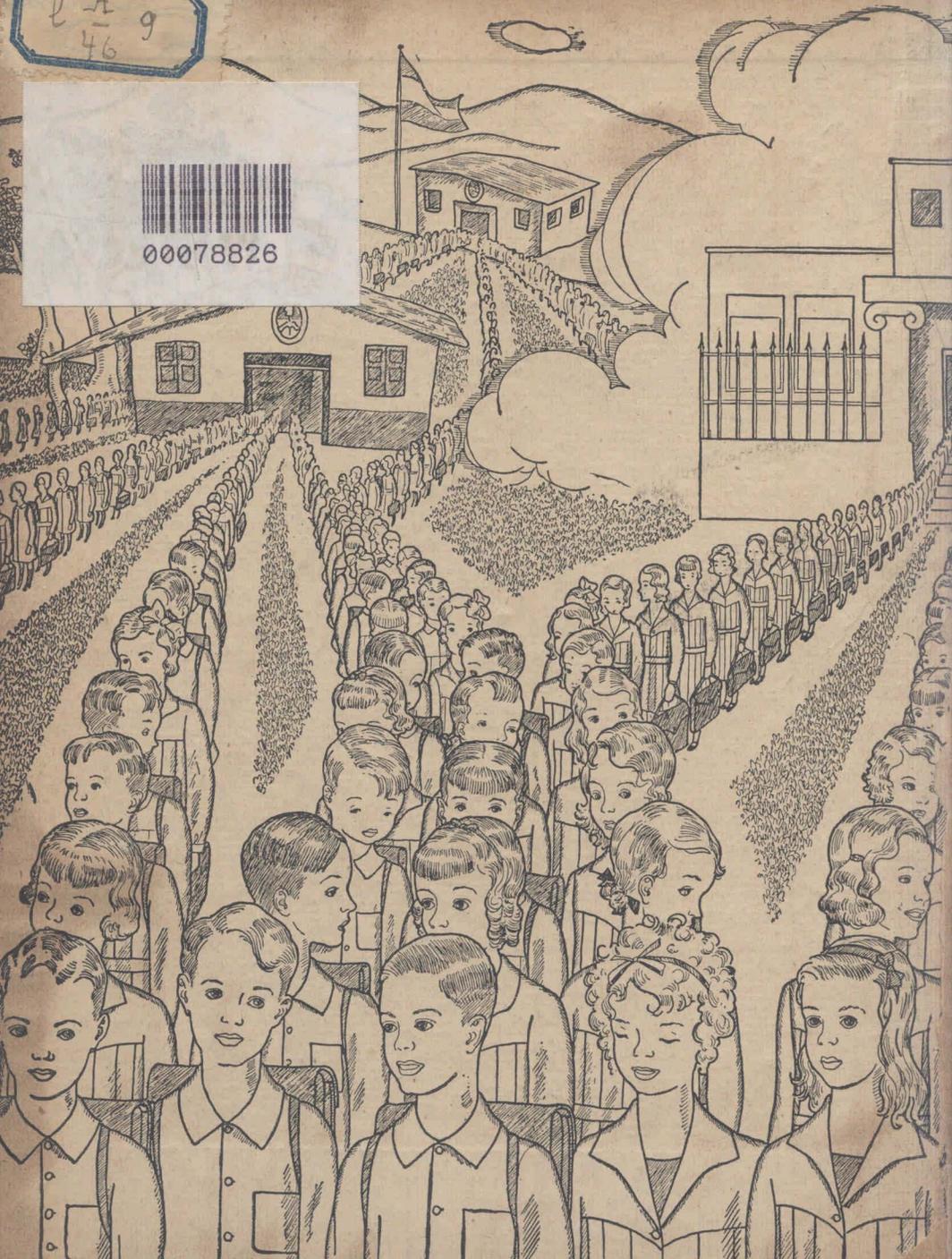
POR NUEVOS =CAMINOS=

TEXTO DE LECTURA PARA 3º GRADO
ANGEL ESTRADA Y CIA. = EDITORES

2-A 9
46



00078826





Aprobado por el Consejo Nacional de Educación.
Expediente 2193 - E - 1937. Edición año 1938.

32.244

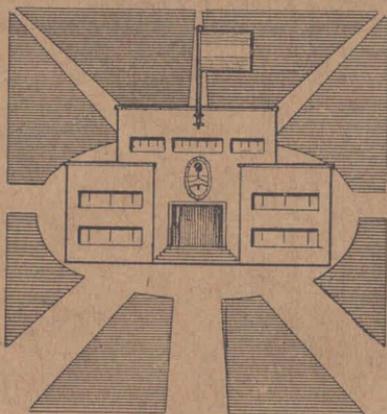
U. R.
C. N. de E.

JORGE DE ANDRADA

**POR NUEVOS
≡ CAMINOS ≡**

CUARTA EDICIÓN

**TEXTO DE LECTURA
PARA 3^{er} GRADO**



**ILUSTRACIONES DE
CARLOS OCHAGAVÍA**



ANGEL ESTRADA Y CIA • EDITORES • B^o AIRES

**BIBLIOTECA NACIONAL
- DE MAESTROS**

*Régimen Legal de la Propie-
dad Intelectual. Ley 11.723.*

INDICE

	<u>Pág.</u>
Prólogo	V

LA FAMILIA

Lámina en colores

Presentación	1
La familia	2
Dulzura (Fragmento), G. Mistral	3
De la mamá de Gustavo a su hijo	4
De Gustavo a su mamá	6
La Hermana (Poesía), E. Marquina	7
La historia de mi madre (Abreviado), D. F. Sarmiento	8

LA CASA

Lámina en colores

Mi casa	9
La casa de departamentos	10
La casa de San Martín en Francia, J. B. Alberdi	11
La casa donde murió Sarmiento, H. P. Blomberg	13
Algunas casas del Buenos Aires antiguo, J. M. Aubín	14
La casa de Tucumán	16
El rancho	18
La colmena	19
El nido de hornero	21
El nido (Poesía), M. Guezúraga	23

LA ESCUELA

Lámina en colores

La Escuela	25
El banco de la escuela	26
La escolita de campaña	28
Las fiestas patrias y la escuela en un pueblecito andino (Abreviado), J. V. González	30

	Pág.
Las antiguas escuelas ambulantes	32
Monólogo de la Ley de Educación Común	33
El buen Rector (Abreviado), M. Cané	35

LA PATRIA

Lámina en colores

La bandera argentina (Poesía: fragmento), T. Palacios	39
La familia argentina	40
El mapa argentino (Poesía), M. A. Domínguez	42
La Patria, J. M. Eyzaquirre	43
25 de Mayo	45
Congreso de 1816. Su instalación (Abreviado), N. Avellaneda ..	46
9 de Julio	48
Tucumán, suelo histórico (Fragmento), A. M. Elflein	50
San Lorenzo y el Sargento Cabral, B. Mitre	52
Desfile (Poesía), G. Berdiales	54
¡Viva la Patria! (Fragmento), C. O. Bunge	55

VIAS DE COMUNICACION Y MEDIOS DE TRANSPORTE

Lámina en colores

Por qué las rosas tienen espinas (Abreviado), G. Mistral	59
El caballo	61
La carreta (Poesía: fragmento), F. S. Valdés	62
El primer ferrocarril (Adaptado), L. D. Pastore	63
El subterráneo	65
El río Paraná, M. Sastre	67
El mar	69
El pescador y el pescadito (Versificación de una fábula de Esopo)	70
De las carabelas de Colón a los transatlánticos	71
Canción de la marina (Poesía: fragmento), R. A. Arrieta	73
Las dos mascotas de la fragata Sarmiento (Abreviado), D. R. Napal	74
Cuadro del mar (Poesía: fragmento de Fausto), E. del Campo ..	76
El aeroplano	77
El Graf Zeppelin	79
Hoy (Poesía), R. Ryan	81

REGIONES MONTAÑOSAS

Lámina en colores

La montaña	83
Cuadros de la montaña (Abreviado), J. V. González	85
La llama, E. A. Holmberg	87

	Pág.
La lava	88
Monólogo de la Cordillera de los Andes	90
Monólogo de un mulo	92
La ciudad nueva de Mendoza (Abreviado), A. M. Elflein	94
El Águila y la Tortuga (Versificación de una fábula de Esopo) .	95
Historia triste de un niño mendocino	96
Las sierras del Tandil (Abreviado), S. Estrada	98

EL BOSQUE

Lámina en colores

El bosque y los hombres	101
El jaguar	102
Distintos usos de las maderas	104
Mi cama fué un roble (Poesía), J. de Ibarbourou	106
Oí decir al Fuego	107

LA PAMPA

Lámina en colores

La Pampa	111
El ombú (Abreviado), M. Sastre	113
El gaucho	115
El poncho (Poesía: fragmento), F. S. Valdés	116
La "yerra"	117
La doma	119
El baño de los animales	121
La carneada (Abreviado), J. S. Álvarez	123

LA ALIMENTACION

Lámina en colores

Cuidado de la boca	127
El molino (Poesía), G. M. Sierra	129
Monólogo de un pan en los estantes de una panadería	130
La paja en el ojo ajeno (Poesía), M. O. y Bernard	132
La caña de azúcar	133
La aceituna	135
El pavo	137
La perdiz pardilla	139
La condición (Poesía), Campoamor	140
El cerdo	141
Comedimiento y astucia (Poesía), C. de la Barca	142
Una señora millonaria (Adaptación de un cuento popular español)	143

EL VESTIDO

Lámina en colores

Los vestidos y la temperatura	145
El lino	147
La oveja	148
Las estaciones	150
La Primavera (Poesía)	152

EL TRABAJO

Lámina en colores

El trabajo (Consejos, Martín Fierro), J. Hernández	155
La telegrafía sin hilos y Mareoni	156
Los esposos Curie	158
Ramón y Cajal	160
El labrador y sus hijos (Versificación de una fábula de Esopo) .	162
Las tres cosas del tío Juan (Adaptación de un cuento español) .	163

PRÓLOGO

Este libro gira en torno a un concepto: el de Patria.

Muchos de nuestros niños no frecuentarán otra escuela que la primaria. De ahí que al escribir un libro de lectura para el ciclo primario, se imponga, más que nunca, el pensamiento de que va destinado a las escuelas argentinas.

No me detendré a analizar este libro desde el punto de vista de su hechura moderna. Sin insistir en los postulados de la escuela nueva, diré solamente, que he dejado al margen toda clasificación artificial; y que la elección de los temas para las distintas secciones se impone casi: un libro de lectura, aunque trazado con criterio moderno, habrá de moverse siempre alrededor de los temas que lo vinculen fácilmente con el contenido de los programas en vigencia. Pero cabía muy bien un plan orgánico, que haciendo partir al niño de lo que está más cerca suyo, la familia, lo condujera insensiblemente por su Patria, y lo inclinara a establecer relaciones entre los conocimientos más esenciales y cercanos y otros, igualmente esenciales, pero más distantes. A ello responde el plan: de la familia he pasado a la vivienda; después a la escuela, que es, luego de la familia, lo que el niño frecuenta más; para entrar a considerar la Patria. Como un medio para recorrer el territorio de la Patria — y por analogía otros países — he agregado las vías de comunicación y los medios de transporte; las diversas regiones que mediante éstos se pueden

conocer; he desarrollado luego, en los centros correspondientes a la alimentación y al vestido, el tema de las producciones e industrias con ellos vinculadas, para llegar a establecer, por fin, el papel que desempeña en el logro de todo esto, el trabajo, que constituye la sección final.

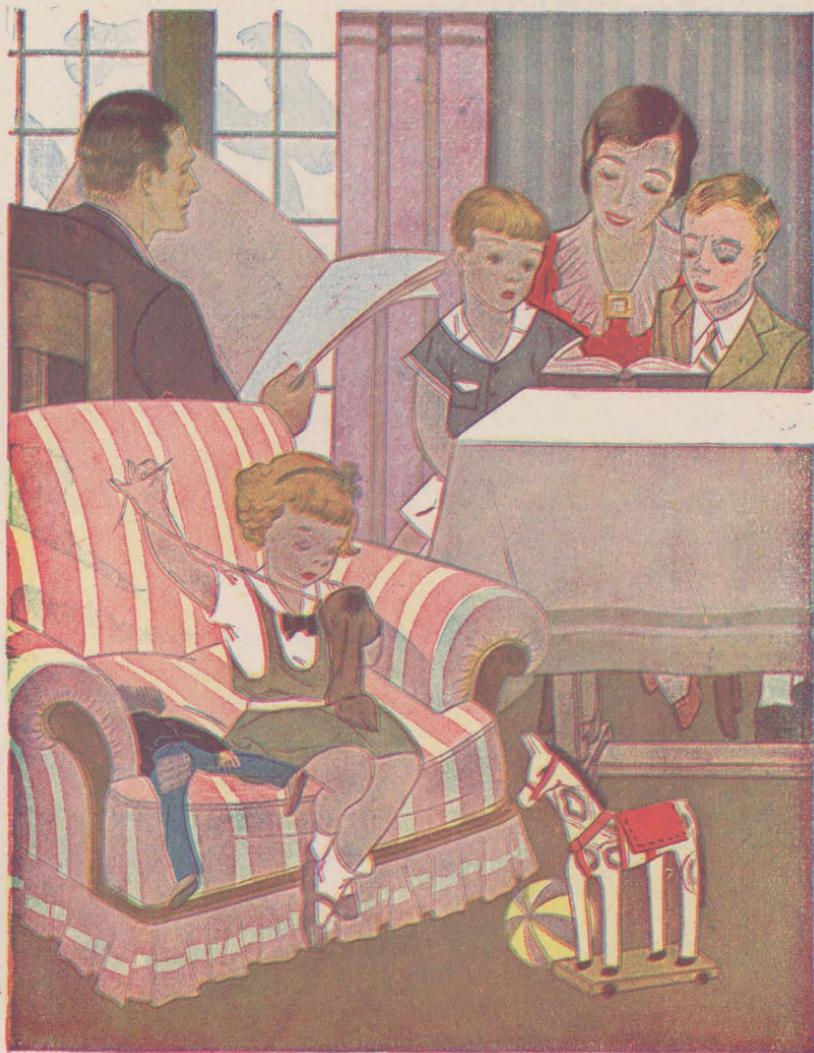
Aparecen con frecuencia — en trozos abreviados según la exigencia de la mentalidad infantil — los autores argentinos, cuya obra creo indispensable hacer conocer desde temprano en la medida de lo posible; y además autores de habla castellana.

He incluido así trozos y poesías de fácil y breve lectura, para que este libro — que aspira a ser admitido en la escuela argentina — al presentarse, invoque, con su nacionalismo, algo que la pedagogía reclama y los psicólogos dejan adivinar en las entrelineas de sus libros: la brevedad de cada lectura, y la fácil comprensión.

JORGE DE ANDRADA.

POR
NUEVOS
CAMINOS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LA FAMILIA

BIBLI
DE I AL
+ 25



Presentación



Me llamo Gustavo.

Hace unos tres meses, cuando se cerraron las clases, mi padre me llamó y me dijo: “Oye, Gustavo: pienso hacer un viaje en aeroplano por toda nuestra Patria. Tú vendrás conmigo; pero con una condición: sacarás fotografías de los lugares que visitemos, y escribirás acerca de las cosas que más te gusten.

Yo, corregiré tus escritos. Agregaré otros de buenos escritores; te contaré alguna historia...

Además, todo lo que aprendas te servirá para ayudar a tus hermanitos que, a veces, necesitan quien los guíe; y ya sabes: tu mamá suele estar ocupada”.

Yo soy, así, como un segundo maestro de mis dos hermanitos; pero como al fin y al cabo todos somos un poco parientes puesto que todos somos argentinos, quiero poder ser útil también a los demás chicos que quieran escucharme.



La familia

Mi familia no es muy numerosa. No tengo, por eso, como mi amigo Jorge, una larga parentela. Papá es el jefe de la familia: trabaja para nosotros, para que nos criemos fuertes y sanos, y para costear nuestra educación.

Papá es aviador.

Mamá nos quiere mucho, nos cuida mucho, a pesar de que a veces la hacemos enojar. Pero mamá es muy buena. Y aunque nos pone en penitencia cuando nos portamos mal, siempre termina perdonándonos.

Yo ya soy grande: acabo de cumplir trece años; pero mis dos hermanitos gemelos — un varón y una nena — tienen tan solo nueve. A mí, con todo, me parecen mucho más chicos, y los trato como si tuvieran tres años.

Nos gusta estar todos reunidos.

Papá viaja, y suele estar ausente varios días. Por eso esperamos con ansiedad el día domingo, para pasarlo juntos.



Dulzura

Gabriela Mistral.

MADRECITA mía,
madrecita tierna,
déjame decirte
dulzuras extremas.

Juntito a tu cuerpo
yo me encuentro hermoso
como el empinado
dedalito de oro.

Juega tú a ser hoja
y yo a ser rocío:
así, así en tus brazos,
tenme suspendido...

Madrecita mía,
todito mi mundo,
déjame decirte
los cariños sumos.



De la mamá de Gustavo a su hijo

G

USTAVO:

No quiero dejar pasar un solo día sin hablarte de algo que me ha dolido mucho.

No quise reprenderte en la calle, mientras me acompañabas a casa de mamá, porque no es lugar apropiado para decir ciertas cosas; sin embargo, ya que por unos días no te veré, me es necesario escribirte para que no vuelvas a repetir lo que has hecho.

En la calle, delante de un mundo de gente, tu madre, Gustavo, se ha puesto roja de vergüenza por causa de su hijo. Y ha debido callar, después de una mirada de reproche que para ti no pasó inadvertida.

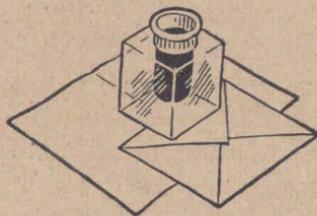
¿Verdad, Gustavo? Prométele a tu madre que nunca más contestarás a una pobre mujer en la forma en que lo has hecho esta tarde.

Piensa que tiene, acaso, un hijo como tú, que quizás trabaja para mantener a los suyos; y su jornal no alcanza.

Respetar la desgracia de los otros sobre todo en el momento en que se acercan a ti; y dentro de lo que tú puedas, da, da siempre; pero sin hacer sentir lo que das.

Recuerda esto para toda tu vida; y piensa que tienes una deuda con dos mujeres a quienes has ofendido de igual manera: una, la mujer aquella avergonzada por tu aire de chico mal educado; la otra, Gustavo, tú ya lo sabes, es

tu madre.



De Gustavo a su mamá

MAMÁ:

Perdóname. Aun cuando no me hubieras escrito tu carta de ayer, yo había, ya, adivinado tu enojo: en tu manera de mirarme. ¡Perdóname, mamá! No sé como explicarte lo que ayer hice. Tal vez estuve distraído. No lo sé; pero te aseguro que no he dormido en toda la noche, y que la cara de la pobre señora y tu cara, mamá, las he tenido bien presentes...

Te aseguro, te doy mi palabra, de que no tendrás que avergonzarte de tu hijo nunca más. ¡Al contrario! Yo haré lo imposible para que me perdones, para que veas que no lo hice por maldad; que fué una distracción, un mal momento.

No sé, en fin, qué decirte, cómo disculparme... será mejor que te invite a que me observes siempre, cuando tú quieras.

Y no habrás de reprocharme nada. Nada. Porque tu hijo no te dará motivo.

Te besa

Gustavo.





La hermana

Eduardo Marquina

VERANO. Agosto. Declinaba el día manchando el cielo de vapores rojos y volvían, pisando los rastros dos niños — ella y él — a la alquería.

Ella callaba... El chiquitín decía:

—“Yo era soldado; y cuanto ven tus ojos no eran parvas de trigo, eran despojos de una batalla en la que yo vencía”.

—“Pero... ¿y yo?”...

“Deja; espera... Ebrio de gloria yo volvía, después de la victoria, y a ti, que eras la reina, te buscaba”...

—¡No, no!... la reina es poca cosa... Yo era (dice la chiquitina) una enfermera; y tú estabas herido, y te curaba...



La historia de mi madre

D. F. Sarmiento,

POR fortuna téngola aquí a mi lado, y ella me instruye de cosas de otros tiempos ignoradas por mí, olvidadas de todos. ¡A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la Cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba! Esto solo bastaría para dar una idea de la energía moral de su carácter.

Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada o más bien destituida de todo ornato, si bien tan clara, que en una clase de gramática que yo daba a mis hermanas, ella de sólo escuchar, mientras por la noche escarmenaba su vellón de lana, resolvía todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres y verbos, los tiempos y más tarde los accidentes de la oración, con una sagacidad y exactitud raras.

*Si no tenemos y procuramos paz en
nuestra casa, no la hallaremos en los
extraños.*

SANTA TERESA DE JESÚS



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LA CASA

BIBLIOT
DE * * * * * AL
* * * * * OS

Mi casa



CUANDO pisé el umbral de la puerta de calle y extendí el brazo para tocar el timbre, ya me sentí un poco emocionado.

Abrieron la puerta cancel y me encontré en el vestíbulo, donde tantas veces se me ha pasado, un poco, jugando, la hora de estudiar.

Corrí hasta el escritorio. Revisé la biblioteca grande y mi pequeña biblioteca. Miré la calle a través de los cristales de la ventana, y me parecía mirar a través de los cristales del avión de papá.

Después quise verlo y tocarlo todo: los dormitorios, el comedor, la cocina... ¡hasta el cuarto de baño!

Observé los cielos rasos, los pisos encerados; y recordé otras casas que había visto: otras ciudades, otros hombres, otras viviendas. Ahora puedo decir que soy el hijo de un aviador.



La casa de departamentos

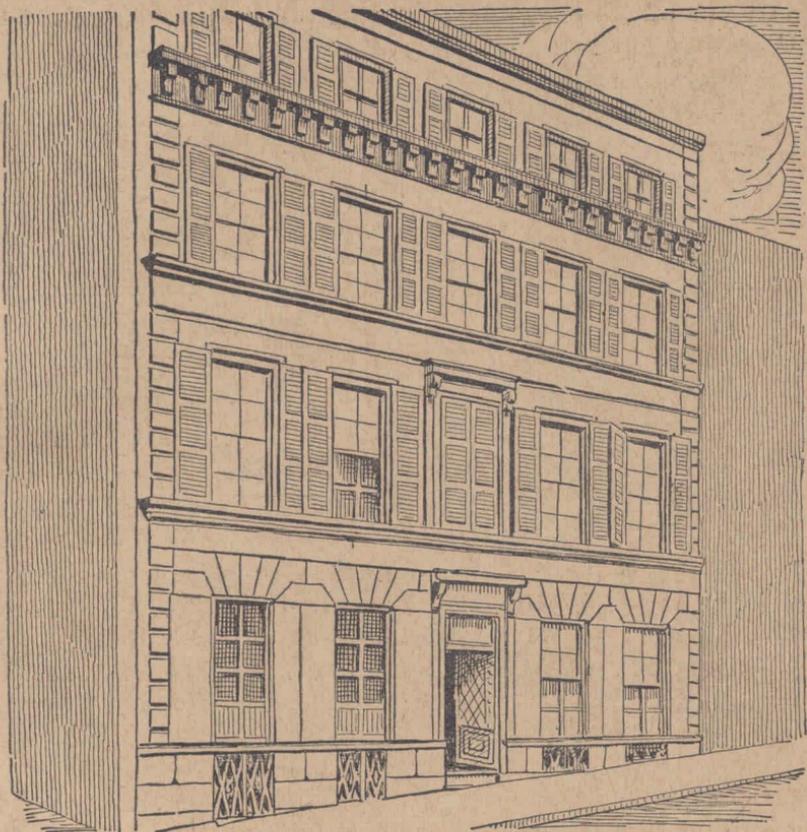
Mi amigo Jorge vive en un departamento. La casa tiene diez pisos y veinte departamentos: es una casa inmensa.

Desde abajo, desde la acera, no se distinguen bien las personas que están en los balcones de los últimos pisos: parecen muñecos.

La casa tiene dos ascensores bastantes grandes. Mi amigo Jorge y yo, bajamos por uno y subimos por otro; y cuando estamos más divertidos el portero nos llama al orden.

Mi amigo vive en el séptimo piso; pero con tal de andar en ascensor sería capaz de vivir en una casa de quince pisos.

Y yo siempre continuaría siendo su amigo.



La casa de San Martín en Francia

Juan B. Alberdi (1843)

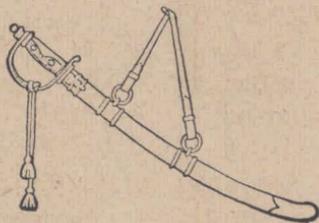


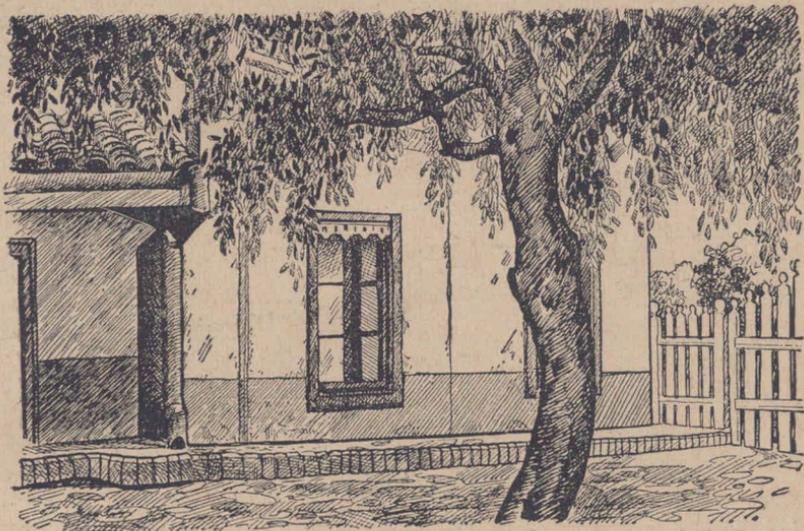
La casa del General San Martín, está circundada de calles tristes. Se compone de un área de terreno igual, con poca diferencia, a una cuadra cuadrada nuestra. El edi-

ficio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes blanqueadas con esmero, contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo, de forma irregular.

Una hermosa acacia blanca da su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión está cultivado con esmero y gusto exquisito; no hay punto en que no se alce una planta estimable o un árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria, llenan de alegría aquel recinto delicioso. Todo, en el interior de la casa, respira orden, conveniencia y buen tono. La digna hija del General San Martín, la señora Balcarce, cuya fisonomía recuerda con mucha vivacidad la del padre, es la que ha sabido dar a la distribución doméstica de aquella casa el buen tono que distingue su esmerada educación.

El General ocupa las habitaciones altas que miran al norte. He visitado su gabinete, lleno de la sencillez y método de un filósofo. Allí en un ángulo de la habitación, descansaba impasible, colgada al muro, la gloriosa espada que cambió un día la faz de la América occidental.





La casa donde murió Sarmiento

Hector Pedro Blomberg

MUY viejo ya, cargado de años y de gloria, Sarmiento se fué al Paraguay. Quería morir bajo el cielo que vió caer al hijo adorado, Dominguito.

Y Sarmiento murió en el Paraguay, cerca de la tumba de Dominguito.

Aun se conserva la casa donde vivió y murió el gran argentino, en la vieja y pintoresca ciudad de Asunción, una de las más ilustres de América.

Es una casita de hierro galvanizado, una especie de choza. Rodéanla palmeras y plantas tropicales.

Todos los años, en el aniversario de su muerte, los argentinos que se hallan en el Paraguay, visitan y llevan flores a la casita humilde donde vivió sus días postreros, soñando con Dominguito, el gran Sarmiento.



Algunas casas del Buenos Aires antiguo

Jose Maria Aubin

LA Plaza Mayor, como la llamó Don Juan de Garay al delinear el plano de Buenos Aires, cambió en 1807 su nombre por el de Plaza de la Victoria, en recuerdo de los gloriosos triunfos obtenidos por el vecindario de Buenos Aires sobre los ingleses.

Era un espacio enteramente raso, sin un árbol, ni más adornos que la modestísima Pirámide o altar de la Patria.

Las casas que tenían su frente sobre ella, edificadas antes o en los primeros años de la Revolución, y que hasta 1870 se mantenían en pie en casi su totalidad, ya no existen hoy.

En la esquina de las calles Rivadavia y Bolívar, donde está hoy el Palacio Municipal, se levantaban los altos de Urioste, primera casa de tres pisos edificada en la ciudad. Como uno de los pisos altos (el primero) resultase muy bajo, un chistoso de la época dijo: que la casa se había proyectado de tres pisos pero que había resultado de dos y medio, frase que dió mucho que hablar y qué reír a los contemporáneos.

Seguía a la casa de los Urioste la casa edificada por un señor Duval, que fué después del general San Martín, y que al fin vino a parar a manos de D. Miguel de Riglos. Esta casa se hizo célebre por su balcón, desde el cual las señoras y señoritas patricias contemplaron durante largos años los festejos realizados en los días patrios, las paradas, y cuantas solemnidades tuvieron efecto en la histórica plaza.

A continuación de la casa del señor Riglos, alzábase otra también de altos, pero más modesta (tenía techo de tejas) que fué en un principio seminario y Casa del Obispo; y en la cual se instalaron finalmente la Jefatura y Oficina de Policía.

Desde esta casa hasta la esquina de Bolívar y Victoria, se extendía el Cabildo, del que se conserva una parte, la que encierra una sala donde se verificó la toma de posesión de la Primera Junta, el día 25 de Mayo de 1810.



La Casa de Tucumán

Es una reliquia; un resto del pasado.
Al estudiar la vida de los grandes hombres argentinos, es agradable detenerse, también, frente a las cosas que estuvieron cerca suyo. Parece como que el amor que sintieron por su Patria, dema-

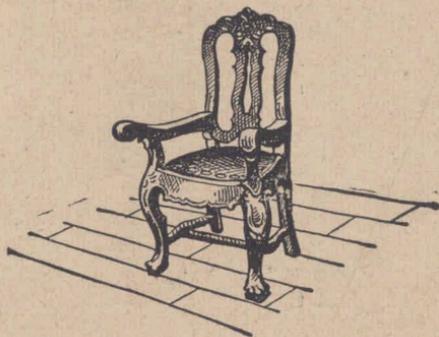
siado grande para caber en ellos, se hubiera derramado. Y hubiera ido apretándose a las piedras de los lugares por donde pasaron o a las cosas cerca de las cuales tuvieron que actuar.

Es por eso que al visitar la Casa de Tucumán, encerrada ahora en una construcción que la protege, todos nos sentimos conmovidos.

En el momento de firmar el libro de los visitantes, yo participé más que nunca de aquella ternura, de aquel apego de los grandes hombres por las cosas de su tierra.

Recorrí la sala sencilla, observé las paredes, la arquitectura simple; y antes de retirarme quise rendir un homenaje a aquella casa histórica donde se firmó el acta de la Independencia Argentina: simplemente, por un momento me quedé callado. Papá guardó silencio también.

Y en ese corto tiempo, frente a los retratos de los próceres pendientes de los muros, imaginé a los grandes hombres argentinos desprendiéndose de los marcos que los encuadran, y aproximándose despacio, despacio, para renovar la escena de 1816.



El rancho

EL rancho es la vivienda del gaucho y de su familia.

El techo es de paja; las paredes de barro y de paja amasados.

El piso, de tierra, dura y lisa. La puerta del rancho es generalmente de una sola hoja. Y la mayoría de las veces, hay también en él, una ventanita.

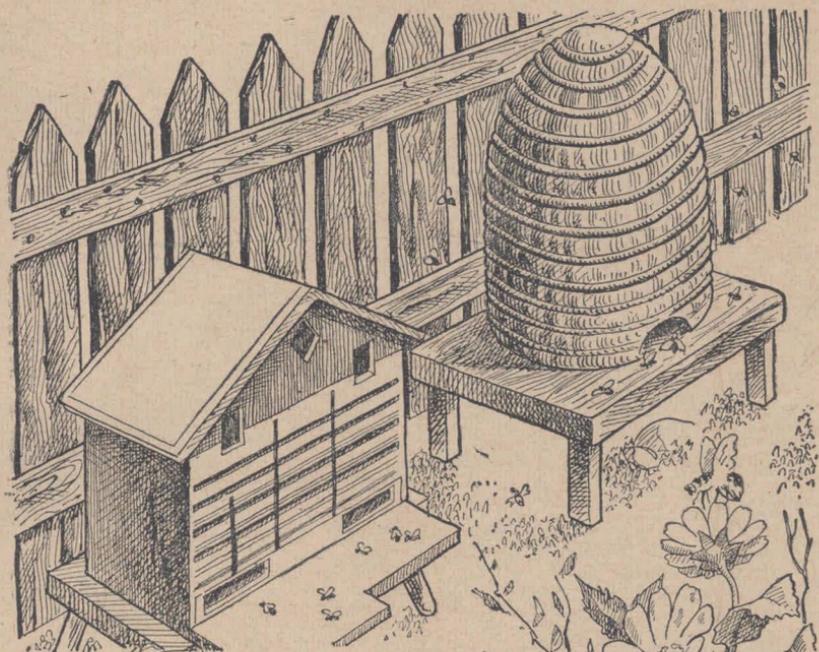
El interior está casi siempre dividido en dos habitaciones: una con los catres, un banco de madera y un baúl pequeño. La otra habitación sirve de cocina y de comedor: tiene una mesa y unos cuantos bancos. De un clavo de la pared suele colgar una guitarra. Poco más, poco menos.

Afuera unos árboles ralos. Un poco más allá un pozo de agua.

Sentada a la puerta, una mujer tomando mate, sigue con la vista a un jinete que se acerca: es el gaucho que regresa a su casa.

Este es un cuadro que suelen presentar los "puestos", en los atardeceres de la pampa.





La colmena

A sí que viste muchas colmenas, Gustavo?
—Muchas. Y vieras:

la casa de las abejas es un verdadero ejemplo de orden. Parece mentira que estos animalitos vivan en la forma en que lo hacen.

—¿Y cómo viven, Gustavo?

—Primero te contaré de qué se construyen las colmenas: puede haberlas de mimbre, de corcho, de paja. Algunas son fijas; pero otras son desmontables y más convenientes, puesto que se pueden desarmar para re-

tirar uno o más panales sin estropear la colmena.

—¿Y qué son los panales?

—Son las casillas de cera que construyen las abejas para depositar la miel. Estas casillas, llamadas celdas, tienen todas forma exagonal; pero las celdas reales son cilíndricas.

—¿Y por qué dices, Gustavo, celdas reales?

—Porque las abejas, Susana, como algunos pueblos, tienen también su reina. Esta reina, vive en habitaciones especiales: son las que están en el borde de la colmena; las habitaciones que dan a la calle, como quien dice. Ocupa el lugar mejor porque es la madre de todas las abejas.

Después viene la habitación de los zánganos, que no trabajan, pero que forman parte de este pequeño pueblecito que es la colmena.

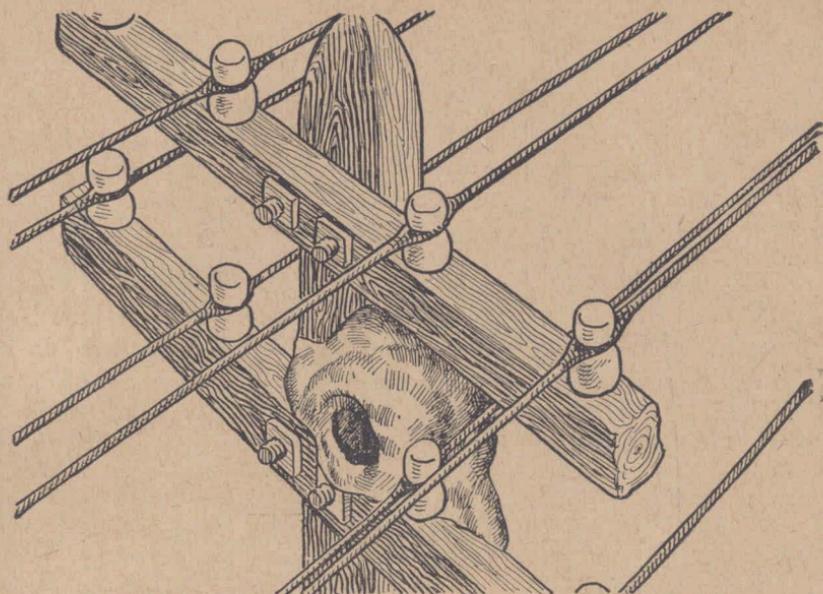
Hay además los depósitos de víveres donde se guarda el polen y la miel; y por último, las habitaciones de las obreras, que son las abejas trabajadoras; ellas liban el polen de las flores y lo vuelcan en una celda; allí lo sorbe una nueva abeja que a su vez lo devuelve, y así siguen muchas abejas más hasta que queda convertido en miel.

—Yo no sabía que la miel, tan rica, la daban en esa forma las abejas.

—Sí; las abejas son, por eso, muy útiles.

—Ahora me doy cuenta por qué decías que eran ordenadas.

—Y no sólo por eso son interesantes. Imagínate que ventilan la colmena usando las alas a manera de abanico. Además, cuando hay varias colmenas, se suele colocarles una señal para que las abejas no confundan su casita.



El nido de hornero

CUANDO se sale en aeroplano, o cuando se viaja en tren, o por cualquier otro medio, los ojos van tropezando, a lo largo de las carreteras, con el nido del hornero, colocado en lo alto de los postes telegráficos. Cualquiera podría pensar, como lo dijo un escritor español, que al hornero le gusta enterarse de lo que dicen los telegramas. Esto quizás no es cierto, porque el hornero no parece curioso: cuando uno se pone a hablar cerca de una pareja de horneros, no hay más remedio que callarse, pues no es posible conversar sin que griten en forma escandalosa.

Si se tiene en cuenta la talla reducida del hornero,

más aún habrá de llamar la atención el trabajo que realiza para construir su nido, cuya forma parecida a un horno pequeño, ha dado lugar al nombre de hornero que lleva el ave.

Generalmente, el hornero sitúa su nido sobre una rama horizontal o apenas inclinada, y también sobre los postes telegráficos como ya he dicho; pero no es frecuente encontrarlo en los tejados o en los campanarios.

El nido, que deberá servir para los pequeños horneritos por nacer, es construído por el hornero y la esposa del hornero, la señora hornera, diremos, que se ayudan como buenos esposos para realizar la obra: forman, primero, una capa de barro con tierra humedecida por la lluvia; y en este barro quedan entremezclados restos vegetales: pajitas, yuyitos... Preparan así, bolitas de barro que transportan a la rama o al lugar en el cual construirán el nido, donde las extienden con ayuda de las patas y el pico; después agregan un borde de unos seis centímetros de altura, y luego otro y otro, hasta terminar. En uno de los lados hacen una abertura, que será la entrada del nido; la puerta de calle, podríamos decir.

Es al interior de esta construcción, donde llevan plumas, algodón, yerbas secas, todo, en fin, lo que servirá de colchón a los horneritos cuando nazcan.

En el interior del nido hay también tabiques.

Es por todo esto, que el nido de hornero es una verdadera casita que da gusto mirar.

Mis hermanitos dicen siempre, que quisieran ser como el hornero para construir ellos mismos su vivienda. Yo les contesto que también estudiando mucho y siendo buen hijo y buen argentino se imita al hornero, modelo de amor al trabajo y a la familia.

El Nido

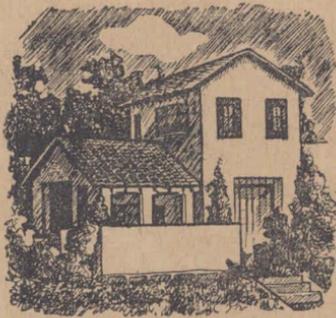
Margot Guezúrago



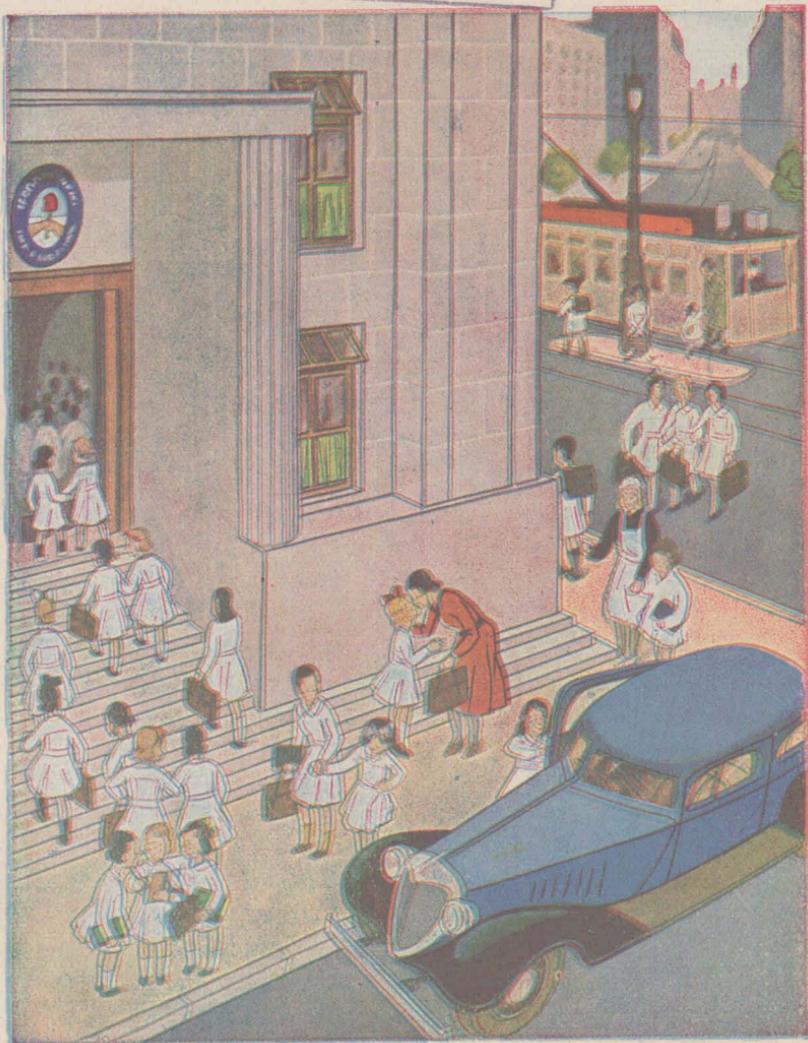
Lo vi una mañana.
Traía en el pico
un poco de paja,
pajitas de trigo...

Miraba los árboles,
estaba indeciso;
buscaba sin duda
cuál sería el sitio
más bello y oculto
para hacer su nido.

Elegió el más bello,
un árbol florido...
Se arrancó las plumas
de su buche tibio,
y empezó su obra
aquel pajarito,
con tanta constancia
y tanto artificio,
que me dije a solas:
¡Oh, cuánta paciencia
para hacer un nido!



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LA ESCUELA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



La escuela

Es un lugar sagrado. ¡Con qué emoción, con qué alegría he vuelto siempre a ella después de las vacaciones largas!

En todas las ciudades argentinas por donde pasé, quise visitar una escuela. Y en todas me pareció encontrar algo de la escuela mía, grande, con sus patios abiertos y sus corredores llenos de luz.

En sus aulas nos preparan para poder desempeñarnos en la vida. Nuestros padres nos llevan a ella para que nos instruyan, nos eduquen, y nos enseñen a ser personas útiles a las demás y a nuestra Patria.

Y para que nuestra Patria sea cada vez más fuerte y pueda enorgullecerse de sus hijos, es necesario que concurremos todos los días a la escuela y la respetemos mucho: como deben querer y respetar los hombres a todos aquellos de quienes recibieron algún bien.



El banco de la escuela

EL banco de la escuela es de roble. Tiene un cajoncito para guardar los libros.

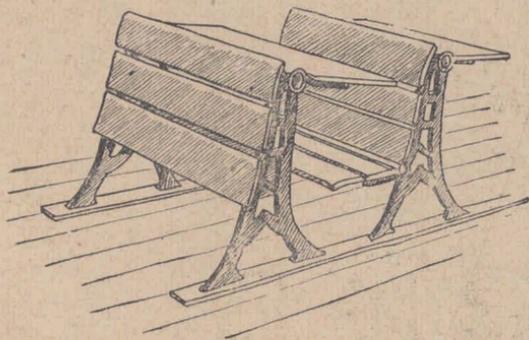
Los chicos no se sientan de a dos porque los bancos son individuales.

Cada uno de los alumnos cuida del suyo como si se tratase de una reliquia. Y no es para menos: en él aprendemos a trazar las primeras letras. Él nos acompaña en nuestros esfuerzos, en nuestros temores de no acertar la solución de los ejercicios. Cuántas veces, baja la cabeza, habremos fijado la vista en una veta de la madera lustrada, como diciendo al banco: ¡Dios mío,

los minutos pasan, el tiempo corre, y el trabajo está a medio concluir!

El banco es, por eso, como un buen amigo; y como a un buen amigo debemos tratarlo. Un amigo que vivió, primero, en la selva, donde tuvo el bonito nombre de árbol; árbol que los hombres llevaron a las fábricas, y que transformado en un cómodo banco, nos acompañó día por día, durante todo el año escolar.

Abandonamos resignados a este amigo, porque sabemos que él, siempre en su sitio, recibirá otros niños, y seguirá contribuyendo así, silenciosamente, al progreso de la Nación.





La escolita de campaña

Ah, qué linda, qué
blanca, qué bien
arreglada la escolita
del campo!

Uno, acostumbrado a las
escuelas de la ciudad, tan
amplias, tan ricas, tan bien
provistas, se queda emboba-
do mirando esa escolita de
una sola aula. Como que tie-
ne un solo maestro.

¡Es chiquita, chiquita!
Parece una escuela de ju-
guete.

Está construída de barro y de paja, como la vivienda del gaucho. Y el piso es de tierra apisonada. Pintada de blanco, con agua de cal, da una impresión agradable de limpieza.

El maestro es un muchacho alto, rubio, muy colorado; y los alumnos son de edades distintas: chicos de nueve, de diez, de trece años.

Pero lo más lindo, lo que da gusto mirar, es el montón de petisos en que algunos chicos van a la escuela.

¡Claro! ¡Como que viven lejos y no pueden concurrir a pie! Algunos llegan montados en ancas. Y otros en un pequeño carruaje, con sus hermanitos.

El maestro dió, en las vacaciones, algunas clases más para suplir las que no pudo dar en invierno; porque en esta estación los campos suelen inundarse, y a los niños les es difícil el traslado a la escuela.

Yo aproveché esta casualidad; y mientras ellos estudiaban probé todos los petisos del lugar. ¡Qué petisos, Señor! ¡Y qué caballito, el caballito criollo que se compró el maestro!





Las fiestas patrias y la escuela en un pueblecito andino

Joaquín V. González

YA estamos todos: la guardia nacional armada de fusiles grandes, de chispa, ocupa la cabecera de la columna. Enseguida nosotros, el batalloncito blanco y celeste, alineado correctamente, de manera que nuestros trajes uniformes parecen una bandera estirada. Tiritando de frío, y dando diente con diente, las manos insensibles y los pies como si fuesen de hielo.

No importa; el pequeño batallón está firme, rectificando la línea de formación y atento a la voz del jefe,

el maestro, que también tiritaba como nosotros y por eso le queremos y le obedecemos.

¡Armas al hombro! ¡Media vuelta! ¡Paso redoblado! ¡Mar!

Es imposible borrar de la memoria aquel cuadro: el viejo tambor al frente, al lado del jefe; el maestro delante de nosotros; el pueblo rodeándonos; centenares de cabezas descubiertas mientras nuestras gargantas entonaban la estrofa gloriosa:

Oid mortales el grito sagrado
libertad, libertad, libertad.

Oid el ruido de rotas cadenas...

Cuando la canción concluía, el sol ya empezaba a templar la atmósfera, a derretir la nieve de las calles y de los árboles, y sentíamos restaurado nuestro calor normal.

¡Qué hermosa era la fatiga de aquel día!

Nuestros padres no podían conseguir que cambiásemos de ropa; queríamos seguir vestidos de Mayo los tres días que duraban en las casas, en los ranchos y en los árboles, las banderas de las fiestas, flotando incesantemente como bandadas de aves ágiles que revoloteasen sobre la villa.



Las antiguas escuelas ambulantes

CUENTAN los conocedores de nuestra historia, cómo en nuestro país se luchó en beneficio de la instrucción del pueblo.

Belgrano, el padre Castañeda, Rivadavia y Sarmiento, entre nuestros grandes hombres, y hasta la presidencia de este último, fueron los que más incansablemente se preocuparon por la educación.

Después del movimiento de Mayo, los patriotas fundaron escuelas; pero a veces éstas no tuvieron un edificio fijo, y los maestros aprovecharon, en la campaña, los ranchos que las familias abandonaban a raíz de las invasiones de los indios, o de los españoles. Y así como hoy en día hay vendedores ambulantes que recorren los pueblos y las ciudades, hubo, tiempo atrás, escuelas ambulantes, que fueron sembrando las primeras letras por los más apartados lugares.

Recordemos con simpatía y admiración a aquellos hombres de épocas pasadas, que prestaron a la Patria servicios tan importantes.



Monólogo de la ley de educación común

ME llamo Ley de Educación Común; sin embargo no todos me nombran así: hoy se me conoce más por mi número, y por eso no es extraño que al referirse a mí casi todos digan: Ley 1420.

Lo cierto es que represento en la Escuela Argentina un adelanto tan enorme que, gracias a mí, reciben instrucción los miles de niños que asisten a la escuela.

Cuando en el año 1884, durante la presidencia del General Roca me dieron forma, puede decirse, sin exageraciones, que mi Patria consiguió, al agregarme a sus otras leyes, una de las conquistas suyas más dignas de recuerdo: así lo han comprendido todos los argentinos. Y cuando en 1934, la República entera se vistió de fiesta

para celebrar mi cumpleaños — mis cincuenta años felices llenos de recuerdos agradables —, las otras leyes estaban en silencio, para que se oyeran mejor los aplausos que de todas partes me llegaban.

Fuí leída y comentada entonces por los argentinos, que hablaban de mí con entusiasmo, repitiendo mi nombre y contando los detalles de mi vida.

¡Ah!; he celebrado mi primer medio siglo entre el rumor y los homenajes de mi pueblo agradecido.

Ahora soy como una de esas abuelitas que miran con amor a sus nietecitos; yo también los tengo, y los miro crecer; y les digo que concurran a la escuela a hacerse dignos de la Patria: son los niños argentinos, son todos esos niños de mi país, que diariamente escuchan la voz de sus maestros, mientras yo, la abuelita que los quiere, se alegra de verlos estudiar.

Ellos llegan a saber, al hacerse más hombres, cuántas fatigas, cuántos trabajos sufrieron los grandes patriotas nuestros, tras el afán de hacerme vivir y de ponerme nombre.

Pero para que sepáis desde pequeños, niños de mi Patria, quién exige que vayáis a la escuela, yo os adelanto esta noticia, que ya habréis, quizá, adivinado en mi charla: la enseñanza que recibís, tan necesaria para vuestra vida y para la grandeza de la Patria, descansa sobre las palabras que se leen en mí: en mí, la Ley 1420, la Ley de Educación Común.

El buen rector

Miguel Cané



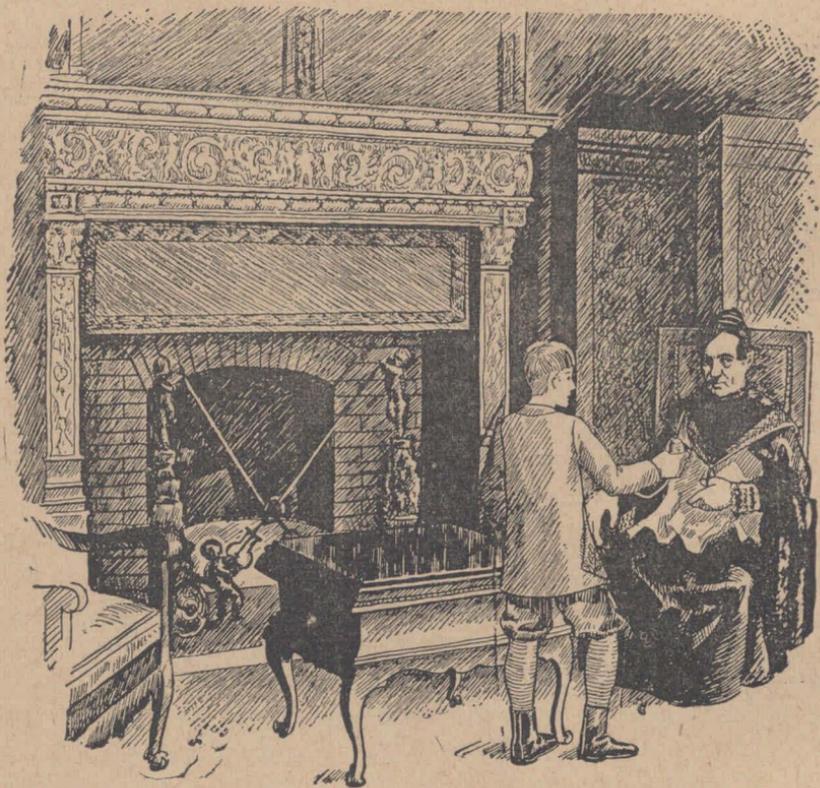
HABÍA la vieja costumbre, desde que el doctor Agüero se puso achacoso, de que un alumno lo velara cada noche. No se acostaba; sobre un inmenso sillón dormitaba por momentos, bajo la fatiga.

Teníamos que hacerle la lectura durante un par de horas para que se adormeciera. Cuán presente tengo aquel cuarto, débilmente iluminado por una lámpara suavizada por una pantalla opaca; aquel silencio sólo interrumpido por el canto del sereno.

Leíamos siempre la vida de un santo en un libro de tapas verdes.

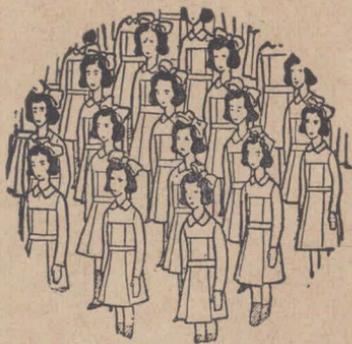
Más de una noche me he recordado en el sofá al alcance de su mano donde se tendía vestido; me daba una palmadita en la cabeza y me decía con voz impregnada de cariño: "Duerme, niño, todavía no es hora". La hora eran las cinco de la mañana, en que pasábamos a una pieza contigua, hacíamos fuego en el brasero, siempre con leña de pino y le cebábamos mate hasta las siete. Luego nos decía: "Vé a tal armario, abre tal cajón y toma un plato que hay allí. Es para ti". Era la recompensa, el premio de la velada y lo sabíamos de memoria: un damasco y una galletita americana, que nos hacía comer pausada y separadamente, el damasco último.

El doctor Agüero fué un hombre de alma buena, pura y cariñosa; sobrevivió muy pocos meses a su separación del colegio y hoy reposa en paz bajo la bóveda de la Catedral de Buenos Aires.



*La instrucción sin educación es
como el trabajo sin economía.*

JUAN BAPTISTA ALBERDI.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LA PATRIA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MEXICO



La Bandera Argentina

Teodoro Palacios

La tejieron con jirones arrancados de la gloria;
puso Dios besos de auroras en los hilos de sus mallas
y sedienta y anhelosa del laurel de la victoria,
presidió como una virgen el furor de las batallas.

Lleva manchas de la sangre que Falucho dió por ella;
lleva besos y sonrisas, lleva lágrimas y ruegos,
y es tan tierna y amorosa, tan magnánima, tan bella,
que hasta el sol bajó a sus pliegues hecho luces y hecho
fuegos.

¡Coronadla de canciones, de plegarias y de amores!
Es la Madre que nos quiere, es la Patria toda entera,
y no hay dicha cual la dicha de morir bajo las flores
del jardín inmaculado de esta plácida bandera.



La familia argentina

Es tan grande, tan numerosa la familia argentina, que no se me ocurre con qué compararla... ¡Con

las estrellas del cielo? ¡Con las arenas del mar?

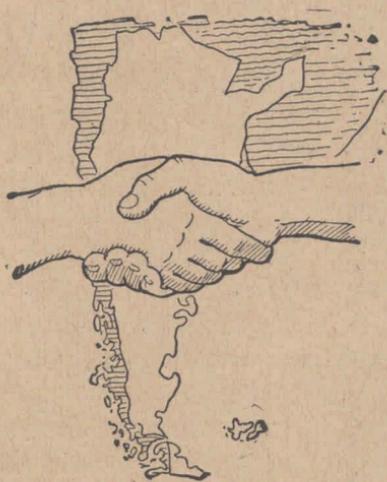
Sólo puedo decir, que volando sobre Entre Ríos, sobre las Cataratas del Iguazú, sobre las montañas de los

Andes o sobre los hielos del Sur, me he sentido tan bien como entre las personas de mi familia. Como en mi propia casa.

Y es que la Argentina es la tierra donde hemos nacido, la que nos une con los vínculos de la nacionalidad. Nos llamamos argentinos por haber nacido en ella.

Estoy contento de haber conocido la Argentina, mi Patria. Estoy contento de haber comprobado que los hombres de todos los lugares del país, son como hermanos de los que viven en Buenos Aires.

Un montón enorme de gente que se quiere como en nuestra pequeña familia nos queremos, ha formado esta numerosa familia argentina: tan unida, tan laboriosa y por eso tan fuerte.





El mapa argentino

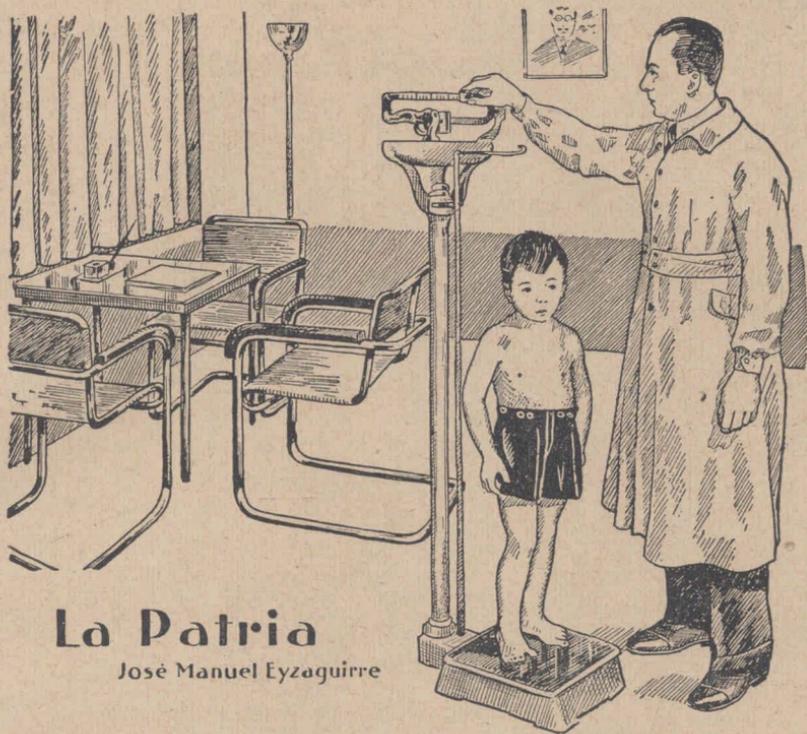
Maria Alicia Dominguez

NINGUNA tierra del mapa
Tuvo el color de la mía;
Yo soñaba con matices
Raros que el sol encendía.

Con lápices de colores
Las viejas patrias surgían;
Yo ansiaba un color inédito
Para colorear la mía,

Y combinaba los verdes
Y los rosas y los malvas,
Queriendo hallar el color
De todo el mundo en mi Patria.

¡Oh, anhelos de la niñez,
Intención recién nacida:
Oh, República del mundo,
Argentina de mi vida!

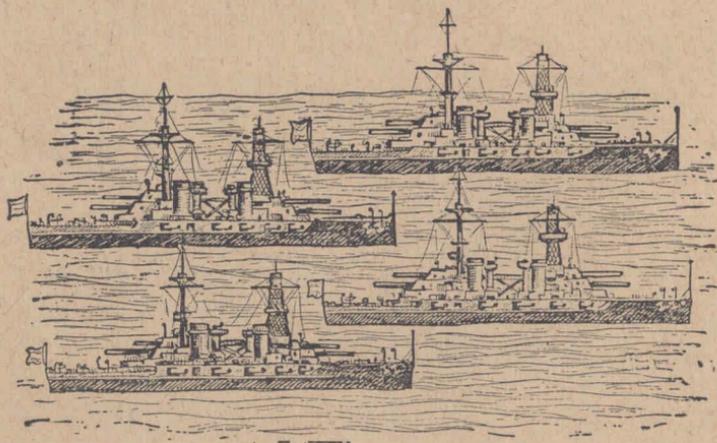


La Patria

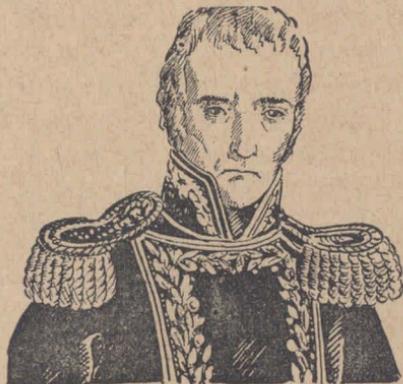
José Manuel Eyzaguirre

LA Patria, es, con relación a los estados y los pueblos que forman a éstos, como el padre y la madre en el hogar para con los hijos: dicta las leyes benéficas que imperan sobre todo el territorio amparando la vida y la propiedad de todos los que lo habitan; mantiene una escuadra poderosa para guardar las costas y defender al país en un caso de guerra con las otras naciones; y un ejército de línea con el mismo fin, que en tiempo de paz vigila nuestras fronteras y presta su fuerza al gobierno para el sostenimiento del orden y el respeto a las leyes fundamentales de la

unión, si alguien se revelase contra ellas; ayuda a las provincias o estados con los recursos que todos entregamos en forma de impuestos o contribuciones; mantiene hospitales para los pobres; construye puertos para seguridad y riqueza de nuestro comercio; une los puntos más extremos del territorio con la capital, construyendo puentes, caminos carreteros y vías férreas; y emplea todas las fuerzas que recibe desde el hogar en difundir la enseñanza, creando y sosteniendo escuelas en todo el territorio, para educar gratuitamente a todos los niños y aun a los hombres, preparando así el grandioso porvenir de este suelo y el bienestar de todos los que asociados, forman la Patria.



25 de Mayo



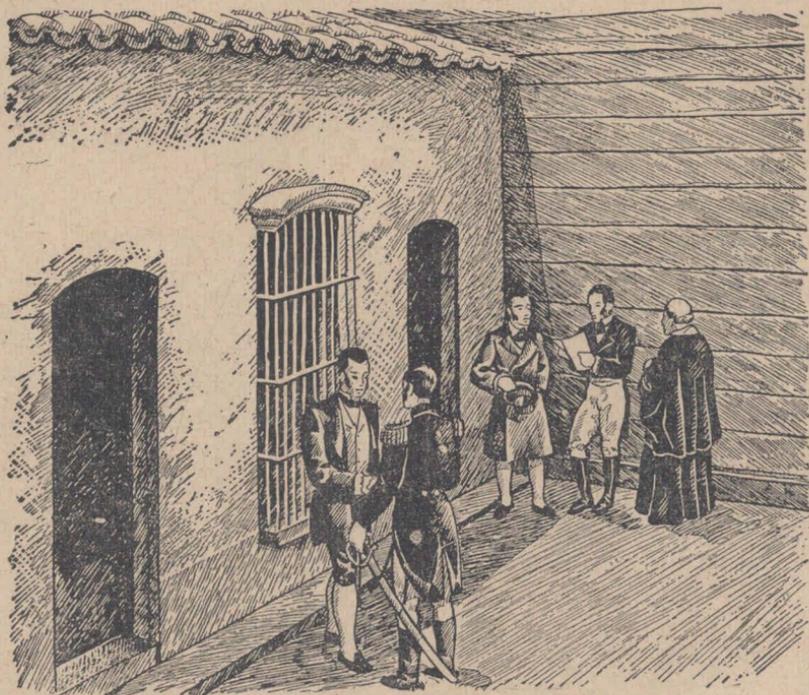
SIENDO muy pequeño, nunca pude comprender del todo, por qué cuando llegaba el 25 de Mayo, papá

decía: “Hoy es la fiesta de la Patria; en un día como el de hoy se dió el primer grito de libertad”.

¡El primer grito! Ahora sí lo comprendo muy bien. Ahora comprendo que recién entonces empezamos a gobernarnos nosotros mismos.

Ya las invasiones inglesas habían abierto los ojos de los criollos acerca de sus propios méritos; y cuando llegó el momento oportuno, los argentinos de entonces demostraron la valentía y la inteligencia que eran capaces de poner al servicio del ideal de libertad que perseguían: ellos habían luchado empeñosamente para alcanzar la libertad comercial; ellos aspiraban al engrandecimiento de la tierra donde habían nacido. Esa aspiración se cumplió al instalarse la primera junta de gobierno, nuestro primer gobierno Nacional. Y así se incorporó la Patria a la vida de la libertad por obra de sus grandes hombres.

Recordemos, en la fecha señalada por ellos para legarnos tan grande conquista, a quienes con tanto desinterés y patriotismo ganaron el primer laurel de nuestra historia.



Congreso de 1816, su instalación

Nicolás Avellaneda

EN los primeros meses del año diez y seis, los diputados de los pueblos libres acudían a Tucumán, habiendo sido elegido este pueblo para la convocación del Congreso.

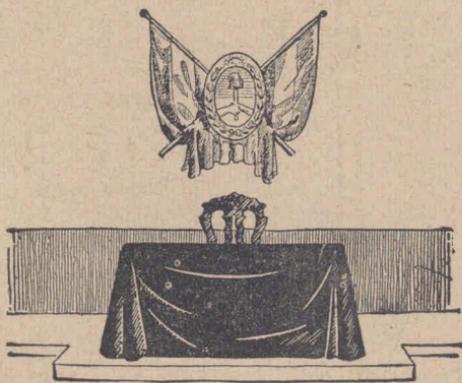
El primer rayo de sol del día 24 de marzo de 1816, al dorar las cumbres del Aconquija, fué saludado con una salva de veintiún cañonazos.

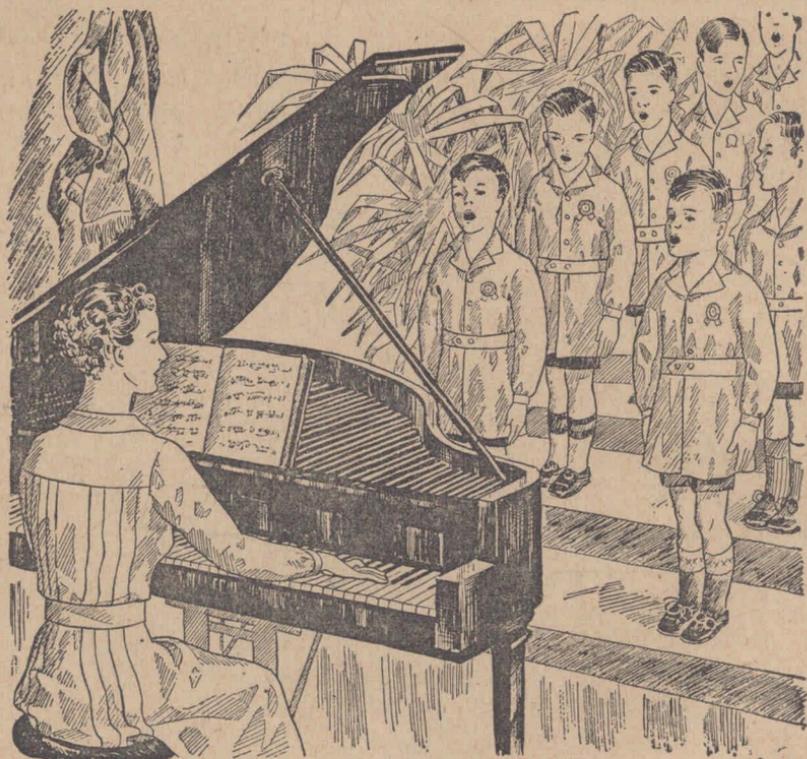
En este día, el Congreso soberano de las Provincias hacía por fin, su instalación. Reunidos por primera vez

los diputados a las nueve de la mañana en la sala de sus sesiones, determinaron la fórmula del juramento que debían prestar, eligiendo enseguida para su presidente provisorio al doctor don Pedro Medrano, diputado por Buenos Aires, y que debía ser uno de los miembros más activos e influyentes del Congreso.

El presidente prestó juramento en manos del más anciano, y los diputados, conteniendo con su actitud recogida las manifestaciones de la alegría popular, se dirigieron al templo para invocar las bendiciones de la Providencia con aquella fe sincera que santifica los actos humanos asociando la política a la religión.

Así pasó el día 24, severo y religioso, aislándose el congreso del pueblo y permaneciendo en las salas de sus sesiones.





9 de Julio

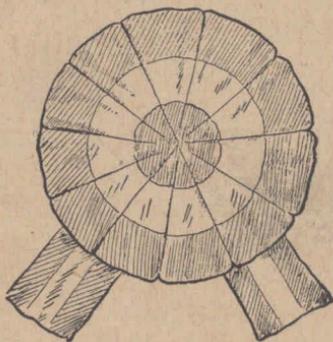
“¡9 de Julio!, fecha escrita con letras de luz en nuestra historia”, se lee en un viejo libro de papá.

Mis profesores dicen, que en estas fechas gloriosas debemos suspender nuestro trabajo, y recordar la historia de la Patria, en la que siempre se encuentran ejemplos dignos de imitarse.

Por eso hoy, en el colegio, organizamos una linda

fiesta: cantamos el himno, recordamos a los grandes guerreros, y a los hombres que con su trabajo silencioso contribuyeron a la grandeza de la Patria. El profesor de historia, dijo que el 9 de Julio se proclamó la Independencia Argentina. “Sé, agregó, que esta fecha y su significación vive en el recuerdo de todos, aun de los más pequeños; pero no solamente debemos recordar las glorias de la Patria en los días como el de hoy, sino, sobre todas las cosas, prometernos, cada uno, contribuir a su progreso. ¿Sabéis cómo? Estudiando mucho para ser hombres útiles el día de mañana. Útiles como los obreros que trabajan en las fábricas; los médicos, que exponen sus vidas en medio de las enfermedades más peligrosas; los campesinos, que labran los campos; los maestros, que educan a los niños; los hombres de ciencia, y todos aquellos que contribuyen de algún modo al engrandecimiento de la Patria y al bienestar de todos”.

Dijo todo esto, más o menos, y terminó así: “La Patria, muchachos, vigila vuestras vidas, y es necesario que no os encuentre ajenos a vuestros deberes de estudiantes”.





Sala en que se declaró la independencia.

Tucumán, suelo histórico

Ada M. Elflein

EN las calles largas, rectas, aseadas, llenas de sol, bullía la vida: vehículos, jinetes, peatones, formaban densa multitud.

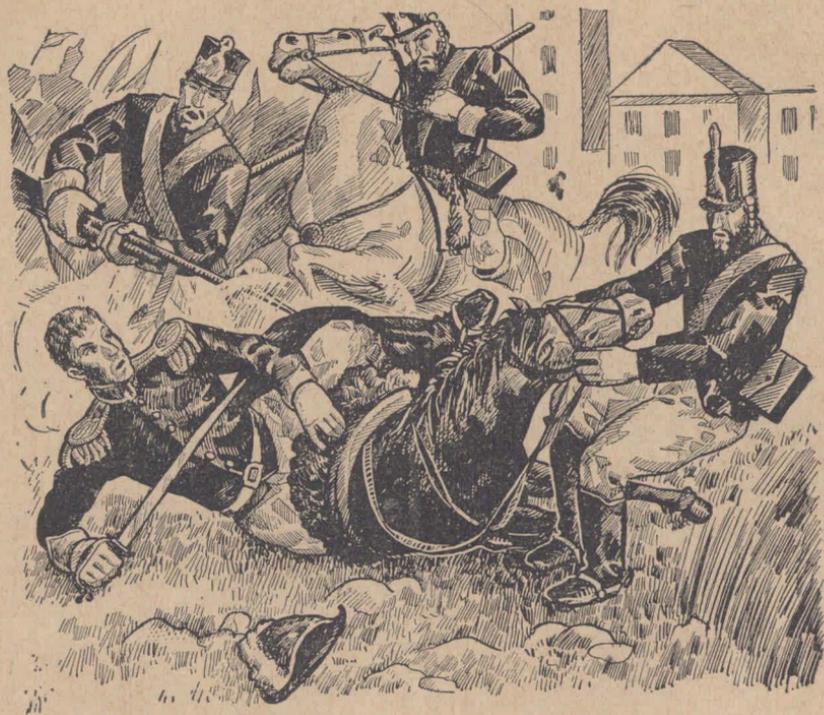
Tucumán siempre ha tenido importancia comercial y no me extraña este cuadro de su actividad. Desde los tiempos de la primera colonización fué posta obligada

del tráfico entre el Perú y el litoral atlántico. Por allí pasaban las tropas de mulas que se enviaban desde Santa Fe y Córdoba a invernar en Salta antes de seguir viaje al Alto Perú. Era la estación preferida de los comerciantes. Por allí pasaban las mercaderías, los “géneros de Castilla” que la flota y los galeones traían anualmente de España, y que recorrían luego el inmenso continente, perdiendo en calidad y aumentando en precio a medida que se alargaban las distancias. Andando el tiempo no debió su importancia exclusivamente al hecho de ser un jalón bien situado en el camino entre varios mercados; la riqueza de su territorio no tardó en darle prestigio propio. Las maderas de sus bosques, y más tarde el cultivo de la caña de azúcar, fueron fuentes de industria y de comercio. Hasta hoy conserva esa doble importancia.

Aparte de las bellezas naturales, otro atractivo tiene Tucumán para el viajero argentino.

Es suelo histórico.





San Lorenzo y el sargento Cabral

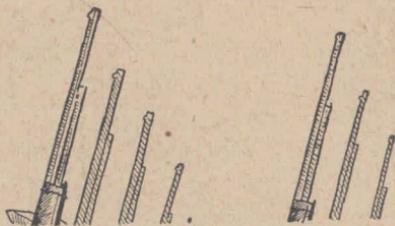
Bartolomé Mitre

SAN Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zabala, jefe de toda la fuerza de desembarco. Al llegar a la línea, recibió a quemarropa una descarga de fusilería y un cañonazo a metralla, que matando su caballo, lo derribó en tierra, tomándole una pierna en su caída. Trabóse a su alrededor un combate parcial a arma blanca, recibiendo en él una ligera herida.

de sable en el rostro. Un soldado español se disponía ya a atravesarlo con su bayoneta, cuando uno de sus granaderos llamado Baigorria (puntano), lo atravesó con su lanza.

Imposibilitado de hacer uso de sus armas, San Martín habría sucumbido al fin en aquel trance, si otro de sus soldados no hubiera venido en su auxilio, echando resueltamente pie a tierra y arrojándose sable en mano en medio de la refriega. Con fuerza hercúlea y con serenidad, desembaraza a su jefe del caballo muerto que lo oprimía, en circunstancias en que los enemigos, reanimados por Zabala a los gritos de ¡viva el rey! se disponían a reaccionar; y recibe en aquel acto dos heridas mortales, gritando con entereza: “¡Muerdo contento! ¡Hemos batido al enemigo!”. Llamábase Juan Bautista Cabral este héroe de última fila; era natural de Corrientes, y murió dos horas después, repitiendo las mismas palabras...





Desfile

Germán Berdiales

UN mareo de sonidos
y un mareo de colores...

Retumbos de los aceros,
tintineos de los bronces,
redobles y clarinadas,
bullanga, vítores, órdenes...

Como espejos los metales,
como espejos los charoles,
y las banderas danzando
bajo una lluvia de flores.

Y estremeciendo las almas
agrandando corazones,
las espadas, los fusiles,
las lanzas y los cañones
van cantando, van cantando
viejas glorias, viejos nombres...

Un mareo de sonidos,
y un mareo de colores.



Viva la Patria

Carlos Octavio Bunge

ERASE un sabio anciano, padre de siete robustos mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia. Sintiendo cercana la hora de su muerte, un día los llamó. Presentóles un haz de siete varas sólidamente atado, y les dijo:

—Dejaré en herencia toda mi hacienda a aquél de vosotros que pueda quebrar este haz.

Uno a uno ensayaron en vano, los siete mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia, doblando sobre el haz sus rodillas de salvajes. Y exclamaron:

—No podemos, padre.

Entonces el anciano desató el haz, y lo rompió sin esfuerzo, vara tras vara.

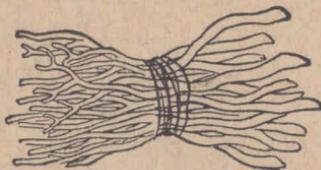
Observáronle sus hijos:

—Así, también podríamos haberlo hecho nosotros, padre.

Y el anciano les repuso:

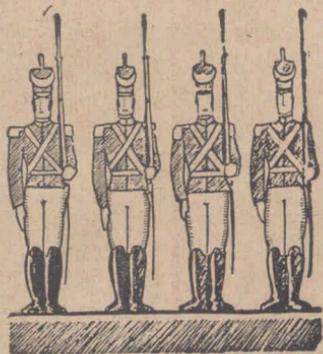
—Esta lección, hijos míos, es la mejor herencia que os lego. Meditadla. Aislados, cualquiera os podrá quebrar, como yo quebré esas varas. Unidos todos por el amor de hermanos, seréis fuertes e invencibles como el haz.

Esto, que dijera aquel sabio anciano a sus hijos, debe repetirlo la Patria a todos sus hombres. Porque un pueblo no es más que una familia. Una nación es sólo un numeroso grupo de hermanos.

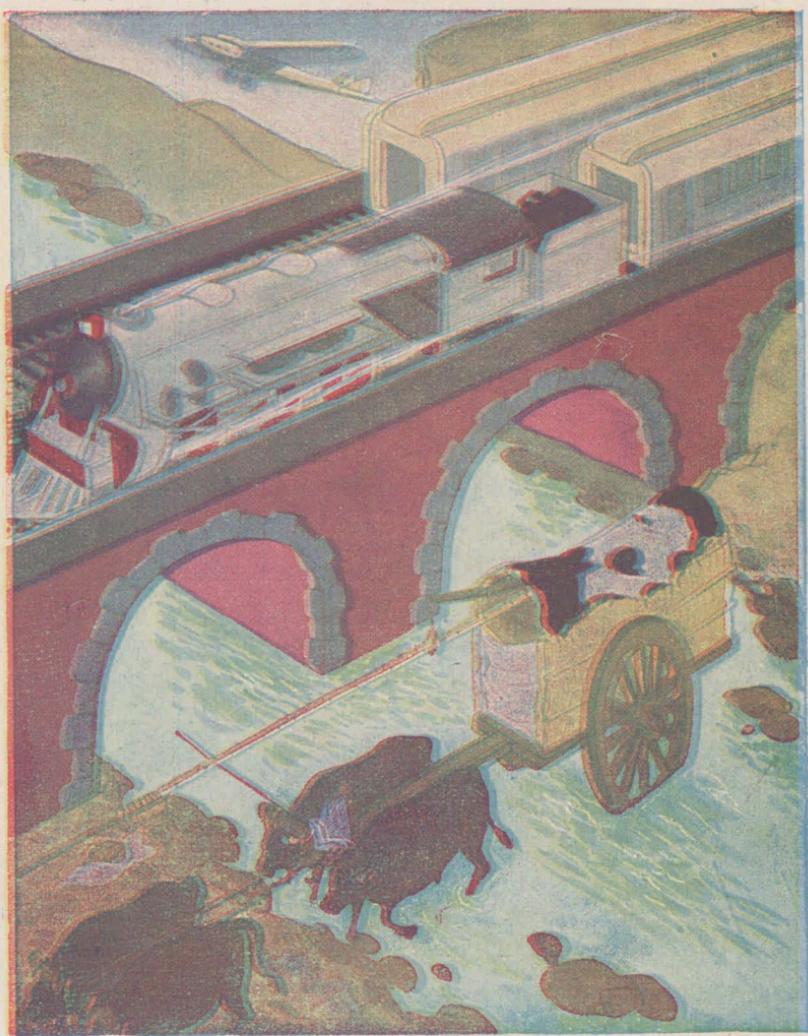


*Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
Es el aliento de la vida humana,
La constante visión de la memoria,
El sueño de la noche y la mañana.*

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



**VIAS DE COMUNICACIÓN Y
MEDIOS DE TRANSPORTE**

BIBLIOTECA ... AL
DE MATEMÁTICAS

Por qué las rosas tienen espinas

Gabriela Mistral



NADIE creyera que las rosas, hayan sido hechas para embellecer los caminos. Y fué así sin embargo.

Había andado Dios por la Tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver al cielo se le oyó decir:

—¡Son muy desolados esos caminos de la pobre Tierra! El sol los castiga y he visto por ellos viajeros que enloquecían de fiebre y cabezas de bestias agobiadas.

Y los caminos son sagrados porque unen a los pueblos remotos y porque el hombre va por ellos.

Bueno será que hagamos tolderías frescas para esos senderos, y visiones hermosas.

E hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados; los álamos larguísimos, que proyectan sombra hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras.

Pero sucedió que el hombre abusó de las cosas puestas para su alegría y confiadas a su amor.

Al mes de vida en los caminos, los rosales estaban bárbaramente mutilados.

Las rosas eran mujeres y no callaron su martirio. La queja fué llevada al Señor.

—¡Señor, la vida así no es posible!

—¿Y qué queréis?

—Defensa. Los hombres defienden sus huertos con

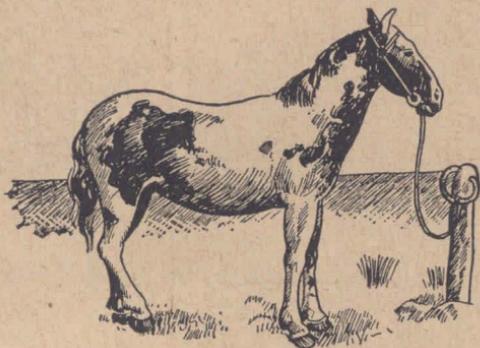
púas de espino y zarzas. Algo así puedes realizar en nosotras.

Sonrió con tristeza el buen Dios y repuso:

—¡Sea! Veo que en muchas cosas tendré que hacer lo mismo.

En los rosales se hincharon las cortezas y fueron formándose levantamientos agudos: las espinas.





El caballo

ESTE animal, inteligente y dócil, es uno de los verdaderos amigos del hombre: se familiariza con él fácilmente, y adquiere

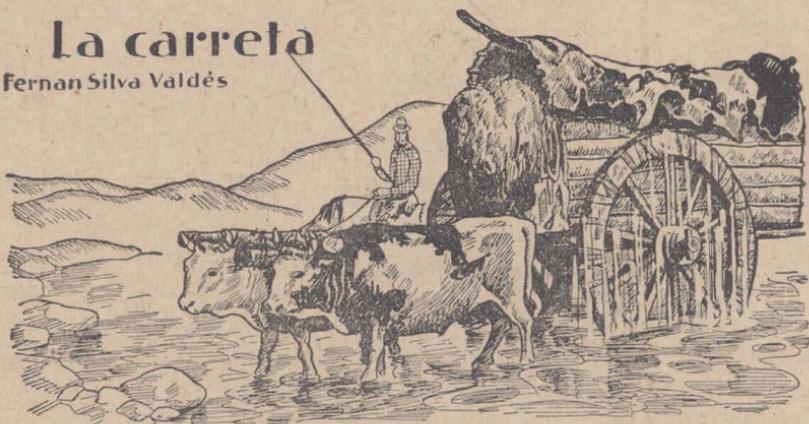
en corto tiempo los hábitos a que se le somete

Es verdaderamente elegante: su cabeza levantada le da un aire de altivez que no tienen todos los animales. Los ojos y las orejas son de un tamaño proporcionado “ni demasiado cortas como las del toro, ni en extremo largas como las del asno”, dice un zoólogo que ha estudiado las costumbres de estos animales.

Compañero inseparable del gaucho, el caballo presta grandes servicios al hombre: como animal de silla, lo mismo resiste las fatigas de la guerra, que se entusiasma con los deportes, en los cuales interviene en compañía de su dueño. Es también animal de tiro; y aunque en el transcurso de los años, los progresos de la civilización lo reemplazaron en gran parte por el automóvil y las máquinas, a veces se vuelve a recurrir a él: es cuando las cosechas no responden mucho y los negocios se resienten. Entonces el hombre, no pudiendo mantener el gasto que demandan las máquinas, utiliza con preferencia el caballo, siempre dispuesto al trabajo, siempre amigo del hombre, a quien reporta grandes beneficios a cambio de gastos insignificantes.

La carreta

Fernán Silva Valdés



Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
Un arroyo risueño
quiere atajarle el paso con su cinta celeste;
caen al agua las ruedas y el arroyo, que es bueno,
—pagando bien por mal—
con su propia agua herida le va colgando flecos.

Y más allá es un cerro
que la convida al ocio
mostrándole de lejos sus piedras de colores
que son como cristales que le han sobrado al cielo.

Mas la carreta no repara en ello
porque lleva al costado
otra cosa más linda, otra cosa mejor:
la boca del carrero, viva y húmeda,
frunciéndose en silbido y abriéndose en canción.

El primer ferrocarril

Lorenzo Dagnino Pastore

L 30 de agosto de 1857, se inauguró el primer ferrocarril argentino.

Se construyeron once kilómetros de vías entre las estaciones del Parque y La Floresta.

La inauguración del servicio logró realizarse después de vencer grandes dificultades.

La víspera de la inauguración, con el objeto de cerciorarse del buen estado de las vías, se hizo correr la máquina con dos coches. El ingeniero Juan Allen, dirigía la célebre máquina La Porteña, y el administrador de la empresa lo seguía junto a la vía, montado en un brioso caballo.

El viaje hasta La Floresta no presentó ninguna dificultad; pero, durante el regreso, a la altura de Almagro, la máquina descarriló, resultando herido el Director, que lo era el señor Guerrico.

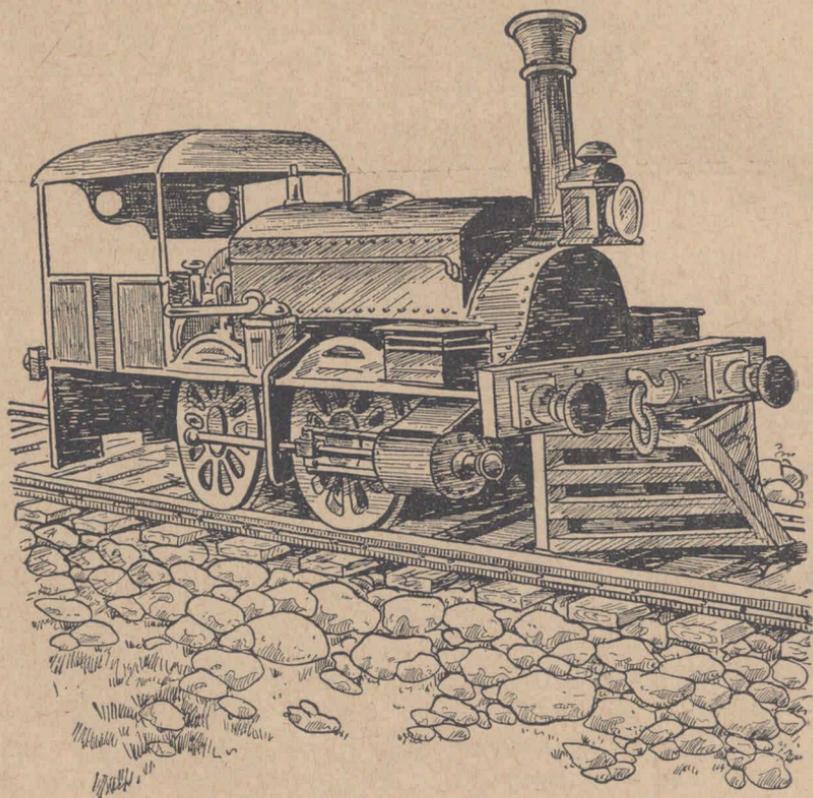
Es de imaginarse el pesar con que se recibió la noticia. “Una angustia cómica se reflejaba en los rostros de los presentes, al ver a la pobre Porteña tumbada, dice un escritor de la época; y todos pensamos solamente en ocultar el hecho para no postergar una vez más la inauguración”.

Al siguiente día, con gran pompa, un convoy con dos coches cumplía el mismo recorrido.

En ese viaje, ocuparon los asientos de los pequeños

coches varios personajes, entre ellos, Bartolomé Mitre, Vélez Sársfield, Obligado y Alsina.

Y desde entonces, los ferrocarriles se han ido extendiendo por todas nuestras tierras, por nuestras llanuras y montañas, uniendo vínculos de aldeas y ciudades y llevando donde quiera su acción de progreso y de civilización.





El subterráneo

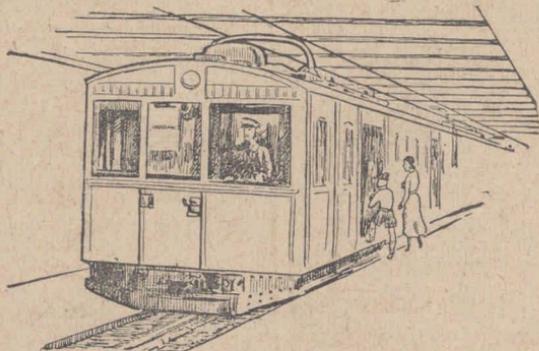
LA primera vez que anduve en subterráneo los ojos me eran pocos para mirarlo todo. Aquel día, papá me llevó a la Plaza Once. Me condujo hasta la escalera que comunica la plaza con la parte de abajo, y con un poco de temor empecé a bajar los peldaños. Sin embargo, nada tenía que temer: primero porque iba con papá; y en segundo lugar porque el subterráneo es tan seguro como cualquier otro medio de transporte.

Cuando llegamos a la plataforma donde se espera el “subte” (como se lo llama para abreviar su nombre), éste ya iba llegando.

Está compuesto de varios coches que son como tranvías, pero es mucho más rápido que los tranvías, porque al marchar por debajo de la Tierra, — como su nombre lo indica, — no encuentra obstáculos en su camino.

Desde aquel día hasta ahora se han introducido algunas modificaciones; y hay un subterráneo más nuevo con una escalera que no es necesario ir subiendo porque se mueve sola. Es decir: se mueve por un mecanismo especial. Uno se coloca sobre el primer escalón, se queda quieto, y cuando quiere acordar se encuentra con que ha terminado de subir o de bajar la escalera.

Sinceramente, esta escalera del subterráneo, me distrae tanto como me distrajo antes el trencito del parque japonés; o como el ascensor de las casas de muchos pisos.



El río Paraná

Marcos Sastre

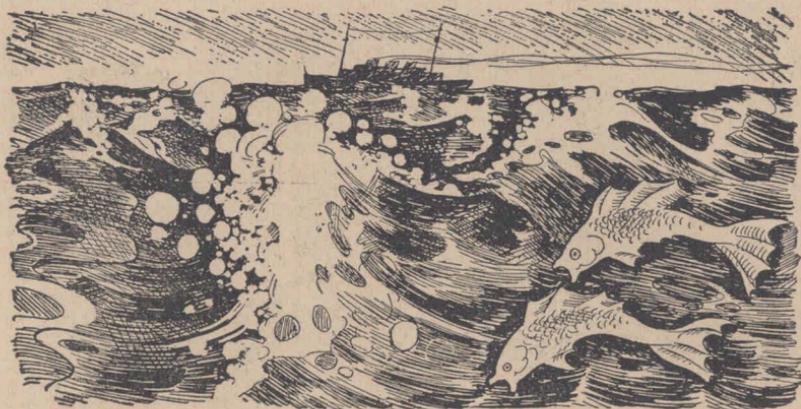
QUIÉN tuviera las alas del cóndor para contemplar desde las nubes, esa inmensa balsa de aguas serenas que reflejan el más hermoso de los cielos.

¿A qué compararé el río espléndido? ¿Cómo describiré el más grandioso de los ríos? Su aspecto es majestuoso, suave su corriente. Los altos buques despliegan su velamen y surcan libremente por su canal profundo y anchuroso. Extiéndese con sus afluentes caudalosos por miles de leguas sin obstáculos. Brinda a la industria y al comercio inmensas regiones, las más salubres y fértiles del globo, donde algunos pueblos nacientes abren hoy sus brazos fraternales a todos los pueblos de la Tierra.

¡Paraná incomparable! tus escenas son siempre risueñas y de vida; las lluvias a la par de las crecientes perpetúan la frondosidad de tus riberas y tus islas. No solamente es admirable el Paraná por lo extenso de su curso, la excelencia de sus aguas, la profundidad y limpieza de su cauce, la profusión de sus producciones naturales, y sus inundaciones periódicas, sino también por tantos afluentes navegables. Estos concurren con el Uruguay y sus tributarios a formar el magní-

fico estuario del Río de la Plata, ofreciendo a la navegación y a la agricultura el más vasto y grandioso sistema de canalización e irrigación que pueda concebir la mente humana.





El mar

No solamente se viaja en el tren: También los mares y los ríos son vías de comunicación; sin contar el espacio, que surcan los aparatos aéreos.

El mar es inmenso; tan, tan inmenso que al verlo da un poco de miedo. Pero no hay razón para tenerle miedo: uno, pasajero de un gran transatlántico, puede tener muy bien la tranquilidad de confiarse a esa maravilla que son los vapores.

Las naciones rodeadas por el mar, como las Islas Británicas, o las que tienen simplemente, el mar muy cercano, ¡ya pueden felicitarse! Los pueblos a quienes les tocó tan grande suerte, encontraron su porvenir en el mar: fueron pueblos de navegantes, que en el ir y venir de los viajes para comerciar sus productos, estrecharon vínculos de amistad con otros pueblos lejanos.

¡Oh, cuántos, cuántos pueblos podríamos visitar en la Tierra!

¡Y cómo me gustaría ser marino!



El pescador y el pescadito

UN pescador, habiendo conseguido,
luego de larga espera,
sacar del mar un lindo pescadito,
oye que éste se queja:
¡no me llesves aún!... ¡soy tan pequeño!...
Deja que crezca un poco;
obtendrás de mi cuerpo más provecho
cuando sea más mozo.
—Tonto y más tonto si te hiciera caso,
(dijo el hombre enseguida),
aunque pequeño, téngote en mis manos,
y más tarde, quizá no te tendría.

MORALEJA

Nadie debe perder lo que ya tiene,
(aunque sea un bien pequeño)
esperando que llegue
otro, más grande, pero siempre incierto.



De las carabelas de Colón a los transatlánticos

LA Santa María, La Pinta y La Niña! Eran bonitos los nombres de las tres carabelas de Colón. Y es que debieron ser muy lindas, también, las carabelas.

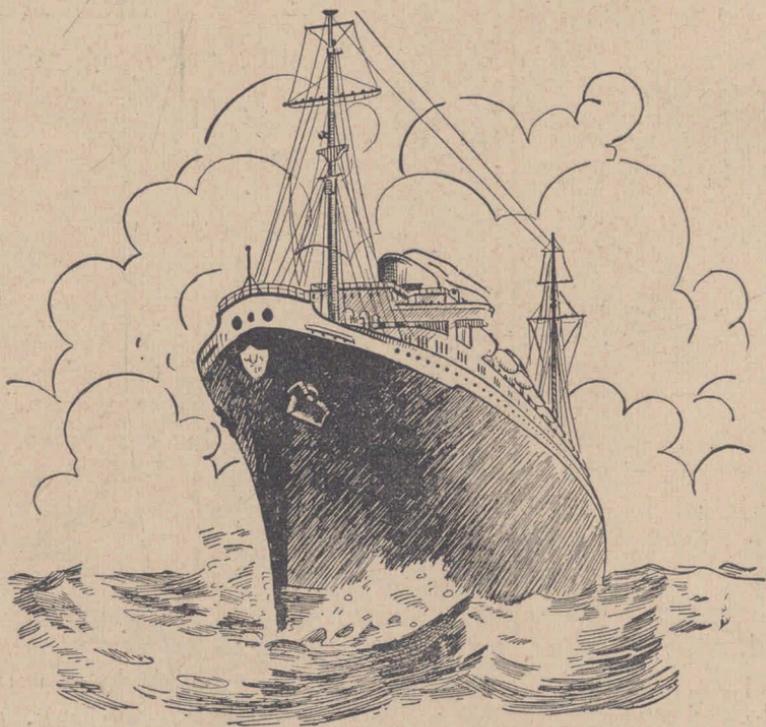
Desde el descubrimiento de América, hace más de cuatro siglos, hasta nuestros días, ¡cuántos, cuántos adelantos! Las velas extendidas de las tres embarcaciones, impulsadas por el viento, se fueron reemplazando por las maquinarias poderosas, que, al aumentar la velocidad, acortaron las distancias.

¡Ah, si la valentía de Colón hubiera contado con uno solo de nuestros grandes transatlánticos, que son, en medio del mar, como un gran hotel en movimiento!

Da gusto viajar así. Los barcos más modernos hasta

tienen ascensores, y tantas comodidades, que si el mar no se viera desde la cubierta o por el “ojo de buey” del camarote, hasta se olvidaría uno de que viaja por mar.

Y pensar que estos inmensos vapores vistos en medio del océano parecen pequeñitos; hacen el mismo efecto que puede producir un yate cuando navega en las aguas del Tigre.



Canción de la marina

Rafael Alberto Arrieta

LA nave es hija de la tierra,
tiene calor y amor de hogar.
Con ella va toda la Patria
en brazos del inmenso mar.

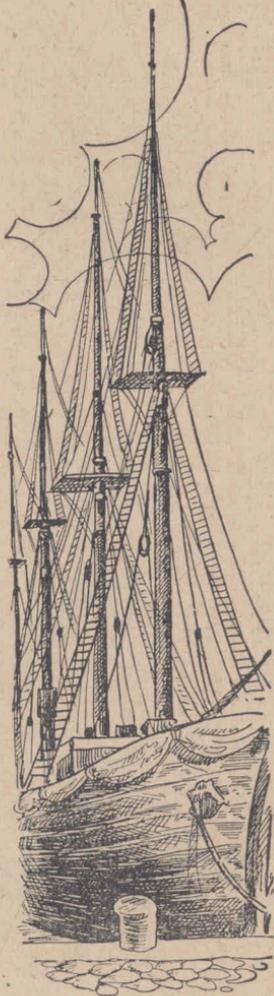
¡Hurra, marinos!
¡A navegar!

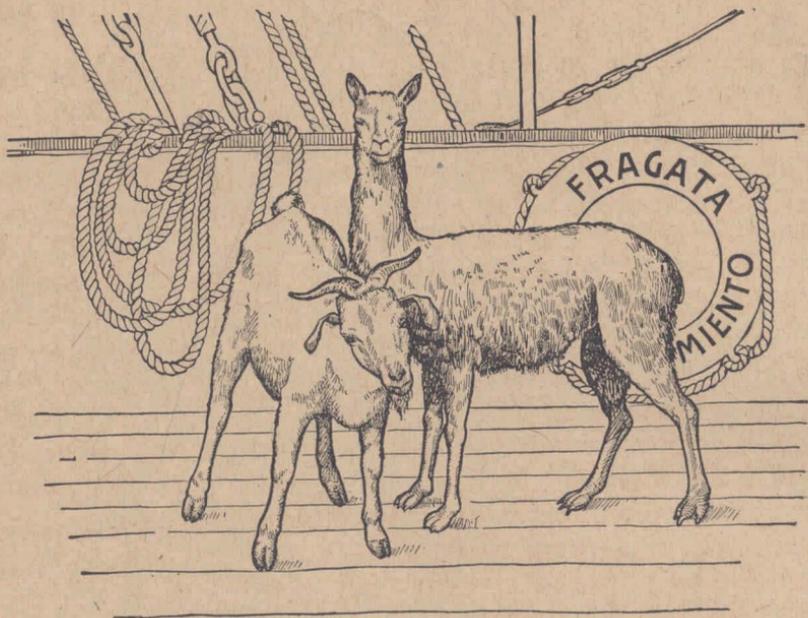
El mar nos comunica ¡oh, Patria!
la fuerza de su corazón,
cuando nos llamas y reunes
bajo el glorioso pabellón.

¡Patria!, decimos, y la nave
vibra con un sagrado ardor.
¡Patria!, y en todo el cielo flota
nuestra bandera bicolor.

La nave es hija de la tierra,
tiene calor y amor de hogar.
Con ella va toda la Patria
en brazos del inmenso mar.

¡Hurra, marinos!
¡A navegar!





Las dos mascotas de la fragata Sarmiento

Dionisio R. Napaf

LAS dos mascotas que viajan a bordo — “Firu-lete”, chivito del Jardín Zoológico de Buenos Aires, y “Madryn”, guanaquita obsequiada por el subprefecto del puerto de aquel nombre — en breve tiempo hanse habituado a los vaivenes de su nueva casa flotante, y tranquilos y confiados campan por sus respetos.

“Madryn” come manzanas y bebe leche de manera golosa.

Por su parte “Firulete” se considera, sin competencia, dueño del buque. Lo mismo trepa al puente que a la toldilla o al castillo de proa. No teme ni le importa nada de nadie. Observa atentamente a los marineros en sus ejercicios de infantería y los sigue en sus marchas por cubierta. Se detiene cuando el pelotón hace alto, y marcha a la vanguardia cuando éste ha dado media vuelta.

De noche los que quedan de guardia acostados en el combés, acostumbran a armar sus camas sobre el suelo. Si se ordena maniobra, al regresar, alguno encuentra con toda seguridad al chivito perfectamente instalado sobre sus mantas. Y hay que ver sus demostraciones de enojo cuando lo echan. Se empina con garbo sobre las patas traseras, inclina el testuz y atropella.





Cuadro del mar

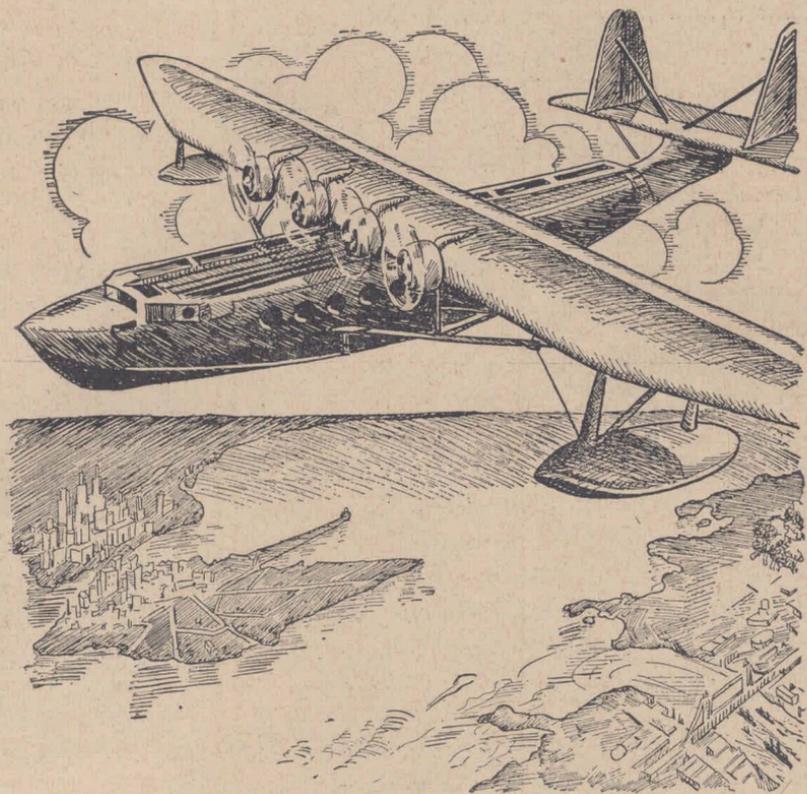
Estanislao del Campo

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando agatas la puntita
Del sol comienza a asomar!

Las olas chicas, cansadas,
A la playa agatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Y es cosa de bendecir,
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena
Obligándola a dormir.





El aeroplano

No es común encontrar gente que haya andado en aeroplano: unos porque tienen miedo de viajar en él, otros porque no les ha llegado la ocasión de hacerlo, lo cierto es que no todos pueden hablar con conocimiento directo de las emociones que causa. Sin embargo, es conocido hasta por las gentes

que viven en lugares apartados: el aeroplano, al surcar el espacio, se muestra a todo el mundo; es él quien se aproxima a la gente para que todos lo vean. Por eso no es extraño que, con sus grandes alas y sus correrías de pájaro gigantesco, sea más conocido que el subterráneo. Este sólo se encuentra en las ciudades muy importantes.

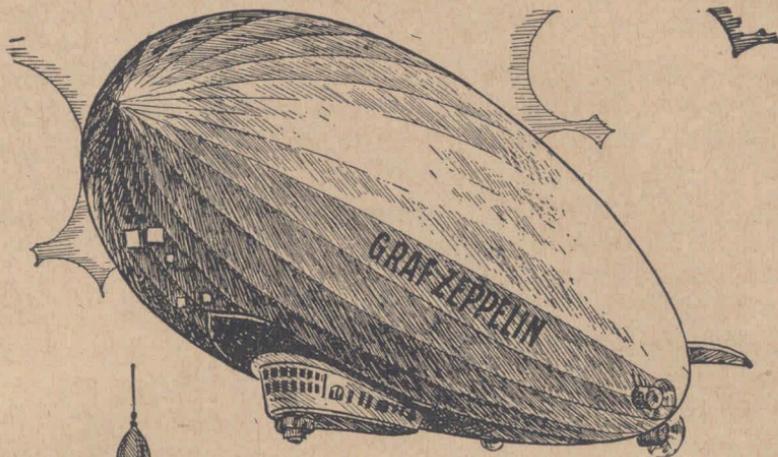
El aeroplano es como esas aves de grandes proporciones que tienen el secreto de su vuelo en sus alas anchas y en su cola corta.

El cóndor, que con sus alas desplegadas mide hasta dieciséis pies de abertura, podría compararse con el aeroplano.

Día llegará, en que los hombres puedan volar con esa misma facilidad de los pájaros, sin temor al peligro.

Las ciencias, con sus adelantos constantes, la mecánica con sus maravillosos inventos, nos darán algún día un aeroplano que competirá con el cóndor, y que irá a posarse, como si tal cosa, en los picos inaccesibles de las montañas, lugar frecuentado por el señor de los Andes.

Y quién sabe, quién sabe, si no llegaremos a conocer entonces, algo más acerca de la luna, de las estrellas y del sol. Y de todo lo que ocurre en el cielo, que es tan bonito, pero que se encuentra tan distante.



El Graf Zeppelin



EL Graf Zeppelin! ¡El Graf Zeppelin!
Todo Buenos Aires esperaba la hora en que llegaría el maravilloso dirigible. Y la hora llegó; y con ella el magnífico aparato aéreo, surcando el cielo de Buenos Aires, hacia el que todos los ojos se dirigían en el afán de verlo aparecer.

¡Allí, allí, detrás de aquella casa!, gritaban algunos señalando hacia una dirección. ¡Lo vi, lo vi!, exclamaban otros entusiasmados... Y en verdad, casi todos lo vieron; largo, con su gran longitud y su diámetro enorme: con su forma de torpedo, su color plateado y esa serenidad suya que parecía de cuento, surcó varias veces el cielo de Buenos Aires, y descendió, por fin, en Campo de Mayo, donde miles de personas lo esperaban ansiosas.

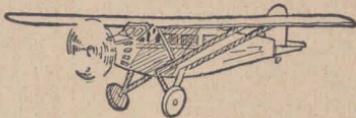
Estuvo poco tiempo; visto de cerca es tan grande que causa asombro pensar cómo esa máquina gigantesca puede moverse en el aire.

Después, dirigido por el doctor Eckener, su glorioso comandante, volvió a elevarse bajo la multitud admirada; y se fué alejando cada vez más de Buenos Aires, que lo había recibido con intensa alegría y se quedaba triste de verlo partir.

Llevaba pasajeros: saludaban con sus pañuelos, desde allí arriba, y nosotros les contestábamos desde abajo.

Ha surcado los cielos de casi todos los países, y ahora lleva, también, el recuerdo de nuestro cielo, que ese día Dios se encargó de vestir con los colores de la bandera argentina: el mal tiempo se ocultó unas horas antes para que todos estuviéramos más alegres.

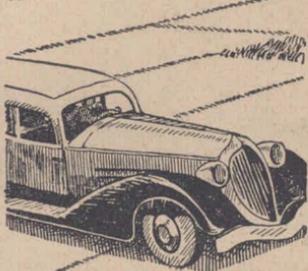
En el rato que permaneció cerca nuestro, provocó el asombro de la gente; nos hizo pensar en la inteligencia humana y en lo que llegará a ser algún día la aviación; y se llevó con él un montón de buenos deseos nuestros, y la simpatía de todos, y la visión de nuestras cabezas alzadas en busca suya para decirle: ¡hasta pronto!



Hoy

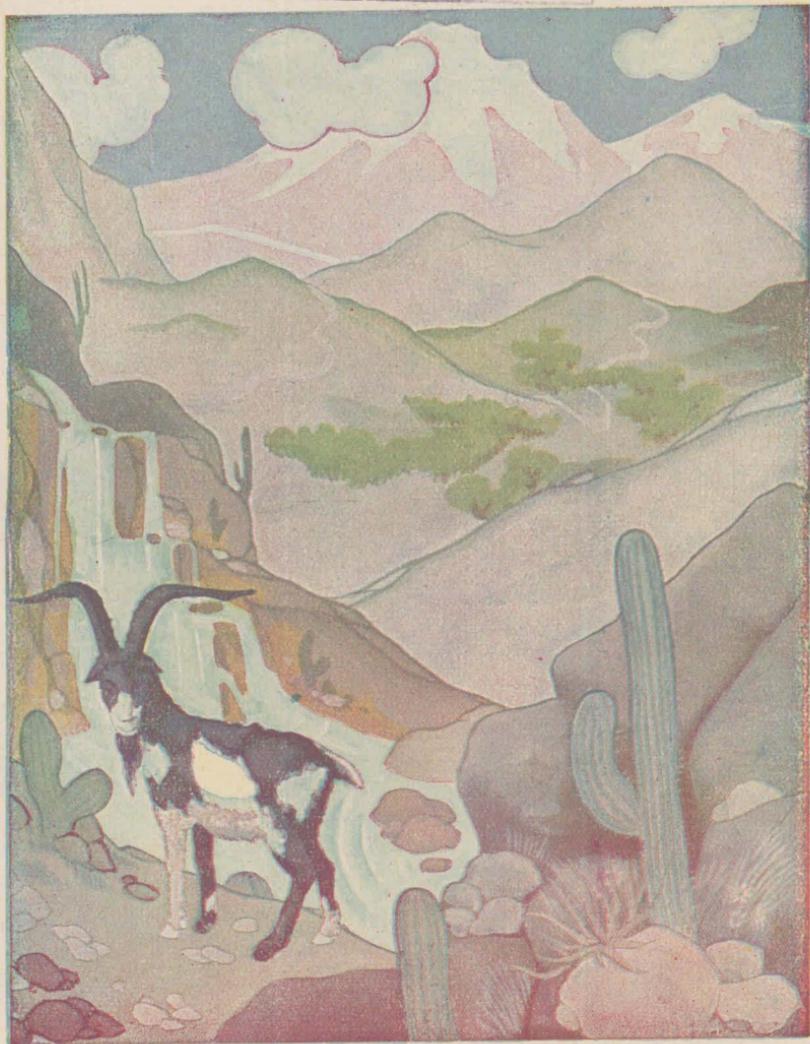
Ricardo Ryan

EL sendero sinuoso
que abrieron las carretas,
arrastradas por yuntas
de bueyes somnolientos,
de bueyes que avanzaban
resignados y lentos
por pampas solitarias,
silenciosas y quietas, ...
el sendero sinuoso
hoy es amplio camino:
el asfalto ha cubierto
los baches y terrones;
trepidantes se cruzan
mil rápidos camiones
y vagan aeroplanos
en el cielo azulino.





BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



REGIONES MONTAÑOSAS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

La montaña



CUANDO papá me dijo: “Si te preguntaran qué es una montaña, ¿podrías responder?”, le contesté: es toda elevación del suelo.

Papá agregó: “Sí; pero no olvides decir, también, que su extensión no debe ser muy grande. Ya sabes que las mesetas son extensos territorios elevados, y no debes confundirlas con las montañas. Un conjunto de montañas alineadas recibe el nombre de cordillera y no es otra cosa la nuestra de los Andes”.

Yo recordaba sobre todo, las partes de que están compuestas las montañas, porque me había quedado grabada la explicación que me diera una de mis maestras: “tiene una parte inferior que se llama pie y que es la base de la montaña; también, como las señoras, tiene una falda, que se extiende desde el pie hasta la cima. Esta última, la cima, es la parte superior”.

Hay montañas muy altas y las hay menos elevadas; así se explica que en los Andes encontremos, desde el pie a la cumbre, plantas de diversos climas.

Las montañas influyen en los climas: a veces protegen y abrigan tierras que sin ellas serían castigadas por los vientos fuertes; pero otras veces impiden el paso de vientos beneficiosos, como lo son los templados.

Las montañas suelen aislar los pueblos porque es difícil comunicarse a través de ellas. Por eso se ha

dicho que el mar es más amigo de unir los pueblos que las montañas; sin embargo la inteligencia y el trabajo del hombre han conseguido construir túneles acercando en esta forma los países que parecían más alejados.





Cuadros de la montaña

Joaquín González



El viajero marcha inconsciente sobre la mula, por entre bosques de árboles gigantesos y casi desnudos.

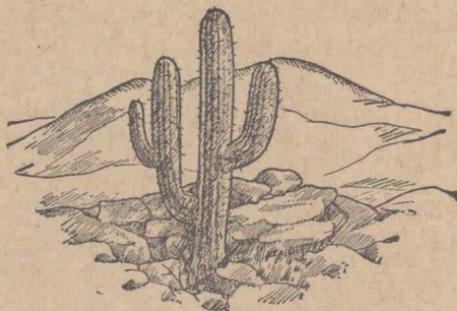
¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡Qué armonía tan grandiosa de aquel conjunto de sonidos!

El torrente que salta entre las piedras, los gajos que se chocan entre sí, las hojas que silban, los millones de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resuenan a lo lejos...

La caravana que al caer la tarde se internó en la garganta del monte, quedó sumida en profundo silencio cuando la noche veló el camino.

Entonces, alineados de uno en uno caminábamos por entre las selvas; luego, a medida que la luna va asomando sobre el horizonte, se ilumina de pronto la más alta de las sierras y forma con las inferiores, sumergidas aún en la oscuridad, el más notable de los contrastes.

Marchamos largas horas por aquella quebrada estrecha, de vueltas interminables, en medio de las emociones más variadas; y de súbito vimos abrirse ante nuestros ojos un ancho valle casi circular. Es el valle donde los calchaquíes, tuvieron su fuerte, avanzado sobre la llanura.



La llama

E. A. Holmberg



TRO carguero es la llama, el querido animal de los indios. Al verlo avanzar lentamente, contemplando y escudriñando cuanto

encuentra al paso, al parecer indiferente al camino que lleva, unas veces con el cuello erguido, otras la cabeza gacha, nadie pensaría en los grandes servicios que la llama ha prestado desde tiempos remotos, ni en los que actualmente desempeña, siendo ventajoso sobre el burro y la misma mula, por tener caracteres de que éstos carecen. La llama es barata. Cuesta 6 ó 7 pesos en las altiplanicies.

Sobre su lomo redondo y cubierto por la espesa lana, no necesita que le sea amarrado aparejo alguno: su dueño le echa una alforja con el avío y con lo que ha de llevar, y allí queda todo fijo, porque apenas se le mueve el lomo mientras camina. Otra ventaja más grande aún tiene la llama. Para ella, el camino es lo de menos, y va la carga con tanta seguridad por ancha senda bien apisonada, como por la falda del más abrupto cerro.

Mas, a pesar de ser el animal querido de los dueños, el que con más gusto cuidan y adornan con lanas rojas — porque así es el corazón humano — cuando el apetito apura... se lo come, pues de los animales cargueros es el mejor para la alimentación, por su buen sabor. Cuando las ovejas o las cabras faltan, el criollo de las altiplanicies recurre a la llama, “que es como una oveja”.





La lava

CUANDO era más chico creía que el volcán era siempre una montaña que arrojaba fuego, humo y otras materias, por una abertura de su parte superior. Esto último es verdad; pero en cambio no es cierto que el volcán sea siempre una montaña. A veces el volcán, es una abertura del suelo y la montaña puede faltar. Cuando ésta aparece, es porque la ha formado el mismo volcán con las materias que despide; por eso se encuentra en los volcanes viejos que han ido juntando los materiales arrojados por ellos mismos.

No siempre los volcanes están en actividad: ellos también, como los hombres, descansan; y cuando se

disponen a entrar en erupción, suelen anunciar los daños que van a producir con ruidos subterráneos. Después de éstos hay temblores de tierra, y en ocasiones una gran explosión. Otras veces el volcán se contenta con arrojar lava: la lava es la materia derretida que sale del volcán a alta temperatura, y que corre, deslizándose sobre la tierra; pero su velocidad disminuye a medida que se va enfriando.

Cuando los trozos de lava fría son muy pequeñitos, tan pequeñitos que forman como un polvo, dan lugar a la ceniza, que es llevada por el viento hasta muy lejos.

Así, bajo la ceniza, quedó sepultada, después de una erupción volcánica, una ciudad antigua llamada Pompeya; y la ceniza, mojada por el agua, conservó tan bien, las calles, las casas y cuanto había en aquella ciudad, que al cabo de muchísimos años los sabios consiguieron encontrarla, gracias a las excavaciones, igualita a como había sido en sus viejos tiempos de ciudad feliz.





Monólogo de la Cordillera de los Andes

Mi nombre es glorioso: no sólo soy conocida en el mundo por la altura enorme de mis montañas que, puestas en hilera, una al lado de otra, se extienden a lo largo del continente americano. La fama de mis altas cumbres, siempre nevadas, se paseó, — como quien va tomado del brazo — con la del gran Capitán argentino que conquistó la independencia para el pueblo chileno. San Martín me engrandeció, me llenó de gloria. Atravesó con su ejército mis peligrosas tierras. Se internó en las quebradas de Los Patos y Uspallata, que

se extienden paralelas como dos caminos que trataran de aproximar dos pueblos; y después de fatigas incontables alcanzó la victoria. Fué, desde aquel día uno de los más célebres generales; y yo, cordillera americana, orgullosa de la gloria de uno de mis hijos, gusté pasear mi nombre junto al de San Martín, por todos los caminos de la historia del mundo.

Yo quedaré aquí, colocada entre las dos naciones hermanas, por tantos siglos como quiera Dios; pero nunca olvidaré aquellos lejanos días en que San Martín, al frente de los Granaderos, me defendía de los ejércitos enemigos.

Han pasado, sí, muchos años; a mí, sin embargo, no me parecen tantos; y en las madrugadas de todos los días imagino a San Martín al frente de los Granaderos: es que tengo siempre presente su recuerdo; y tanto me gusta conservarlo, que si alguna vez las caravanas me distraen, entonces miro hacia el Cerro de la Gloria; y me hago la ilusión de que San Martín viene hacia mí, otra vez como entonces, para renovar sus gloriosas campañas de Los Andes.



Monólogo de un mulo

No sé por qué razón, la gente no da importancia a mis méritos. Y afirmo que no conozco la razón porque tengo muy buenas cualidades. Esto lo digo porque estoy solo y creo que nadie me oye; de lo contrario me callaría la boca: no me gusta la gente sin modestia.

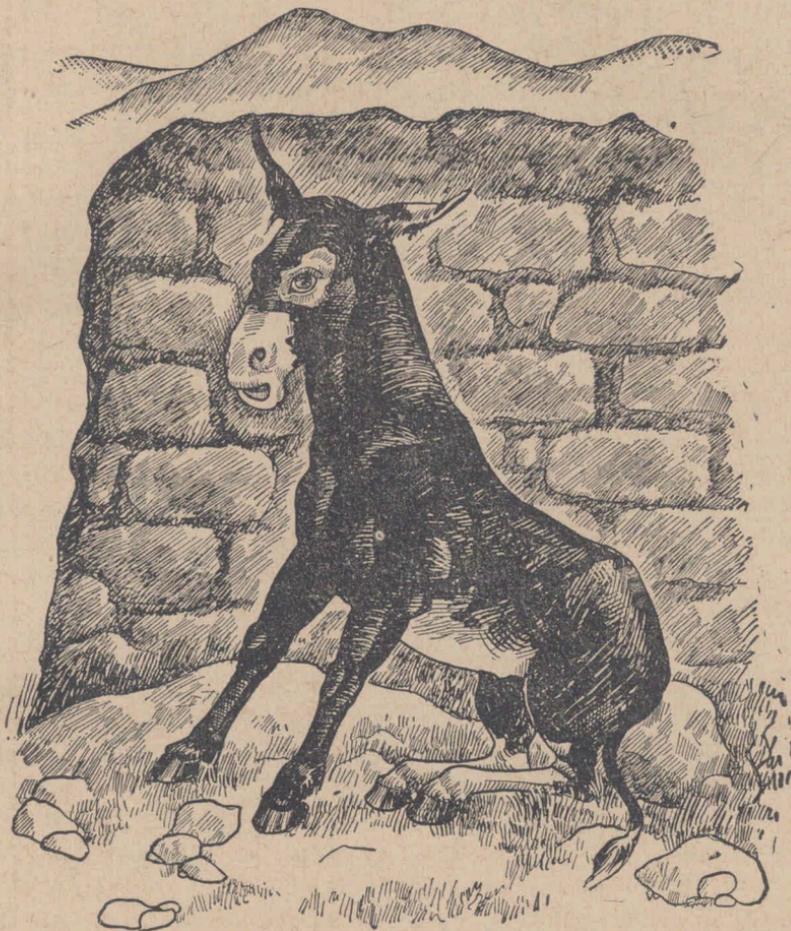
Soy trabajador, y resisto la fatiga más que el caballo. No elijo los alimentos como el caballo ni suelo caer enfermo con la frecuencia que éste. Además ¿quién no conoce la seguridad de mi paso, que inclina a los hombres a elegirme para atravesar terrenos montañosos?

Es cierto que soy un poco amigo de enojarme; y si me pegan, esto no me corrige; ¡al contrario!: los golpes me ponen tan furioso que soy muy capaz de arrojar al que va encima mío.

Pero nadie negará que soy fuerte, y que aunque prefiero los climas cálidos resisto muy bien los fríos; sin embargo, hablan muy mal de mí; y yo me consuelo, porque si soy considerado como inferior al caballo — cosa que no dirán los que viven en terrenos escarpados — el pobre asno, que tiene excelentes cualidades, está en peores condiciones que yo: cuando alguien demuestra poca inteligencia, todos dicen: ¡es un asno! Pero yo protesto; porque el asno es un animal que puede ser educado fácilmente a pesar de parecer estúpido. Bien enseñado es muy útil; reconoce a su dueño

entre los demás hombres: tiene olfato, vista y oído finísimos. Y su paso es tan seguro como el mío.

Si yo pudiera hacerme oír, demostraría a los hombres que tengo muy buenas cualidades, y que mi pariente, el asno, no es tan asno como ellos dicen.





La ciudad nueva de Mendoza

Ada M. Elstein

EDIFICADA en suelo volcánico debió sufrir las sacudidas de la Tierra. Allí están todavía en medio del “Pueblo Viejo”, rotas las columnas de San Francisco, y en informe montón de murallas las capillas de San Agustín, restos de soberbios templos que fueron. Cayeron en el espacio de dos segundos, aniquilando bajo sus escombros centenares de vidas. Estas ruinas hablan hoy al que las contempla de cosas terribles; pero alrededor de los pilares caídos, de las casas destrozadas, de las murallas partidas, se extiende humilde y populoso, el barrio “Pueblo Viejo”, en el mismo sitio que hace cincuenta y dos años fué un solo campo de desolación y de muerte.

La sensación que me produce la nueva ciudad de Mendoza, con sus calles anchas y arboladas, llenas de luz, es de alegría.

El viajero que llega del litoral, creo que sentirá como yo, un ligero calofrío, al advertir en algunas obras en construcción esta leyenda: “Seguridad contra temblores”. Pero osadas se levantan las casas altas, las iglesias resurgen con sus campanarios, y en la tierra hostil el mendocino afirma orgulloso el poderío de su labor.



El Águila y la Tortuga

UNA Tortuga, que volar quería,
al Águila, señora de los aires,
cierta vez le pedía:
—Enséñame a volar como tú sabes!...
—No puedo, hija, contestóle el Águila;
tú no has nacido para hacer tal cosa...
Mas la Tortuga insiste, hasta que acaba
por fastidiar al Águila. Se agota
de ésta la paciencia; al fin la toma
entre sus garras fuertes,
la lleva por los aires, la abandona,
y la Tortuga muere
deshecha contra el suelo.

De la fábula ahí va la moraleja:
Quien no atiende al que sabe, los consejos,
siempre se perjudica en sus empresas.



Historia triste de un niño mendocino

SE llamaba Emilio.
Tenía dieciséis años y había nacido en Men-
doza, donde entonces trabajaba para mantener
a su madre y a sus hermanos.

Era tan trabajador, tan bueno y tan simpático, que todos le querían.

Por las mañanas, mientras sus hermanos más chicos quedaban junto a su madre, él trabajaba para todos. De tarde asistía a la escuela; y al regreso, le sobraba tiempo para hacer los deberes.

Aquella noche, una noche muy triste de hace ya muchos años, Emilio iba a caballo por la carretera. Eran las ocho de la noche; volviendo del colegio se le había hecho tarde.

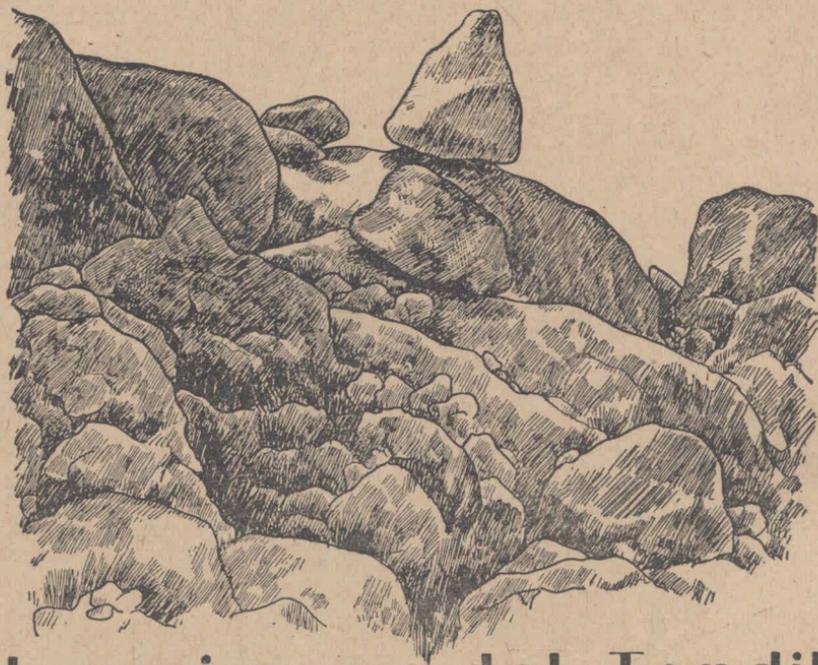
Sentía un poco de cansancio, quizás porque madrugó en la mañana más que de costumbre.

De pronto, mientras galopaba hacia su casa, se oyó un ruido subterráneo... Y en pocos segundos, sin que los que se encontraban en el interior de las viviendas tuvieran tiempo de huir, todos los edificios se desplomaron: ¡un terremoto, un terrible terremoto azotaba a la pobre Mendoza!

¿Qué pensó Emilio, el muchacho que regresaba del colegio, cansado, medio dormido sobre el recado de su caballito que él quería tanto? No tuvo tiempo de pensar en nada; se sintió caído sobre el camino, mientras su caballo desaparecía bajo la Tierra, que a manera de una enorme boca, abriéndose y cerrándose, se lo había tragado, en tanto Dios hacía el milagro de salvarlo a él...

Desde entonces, Emilio contaba siempre, cómo había perdido su caballo.

Ahora, ya viejo, se alegra de ver las nuevas construcciones que resisten mejor los sacudimientos de la Tierra; y es feliz contemplando a Mendoza, la bonita ciudad que tantos recuerdos agradables tiene para los argentinos.



Las sierras del Tandil

Santiago Estrada

(Escrito cuando existía la “piedra movediza”)

LA “piedra movediza” está allí también, balanceándose sobre el abismo.

Bajando los ojos del monumento, la vista se encuentra con las tierras aradas que rodean la base de la colina, y que se extienden a sus plantas como un gran paño negro.

Las piedras sueltas que cubren el camino, entre las cuales saltan las perdices sorprendidas por el ruido de

nuestro carruaje, le interceptan el paso, por cuya razón es necesario dejarlo a algunas cuadras de la sierra.

Ya estamos a pocos pasos de la sierra que vamos a escalar.

Sobre la "piedra movediza" se posan dos águilas, que tienen un enemigo en nuestro guía. Las águilas no se mueven de la piedra movediza porque no se dan cuenta de que el hombre pueda perseguirlas en su elevado asilo.

Nuestro guía, que escala como ellas las colinas, apresura sus pasos, llega a una meseta, hace pie, prepara su escopeta, y cuando los ecos repiten el ruido de su arma disparada sobre las aves, las plumas de sus alas vuelan, y las águilas se levantan pesadamente exhalando gritos de dolor.

El camino que ha de conducirnos se hace más penoso a cada paso.

Gruesas gotas de sudor caen de nuestra frente.

He ahí una cueva que es la sepultura de los animales que caen en ella, y que lo sería del pasajero que se desviara una línea de la senda.

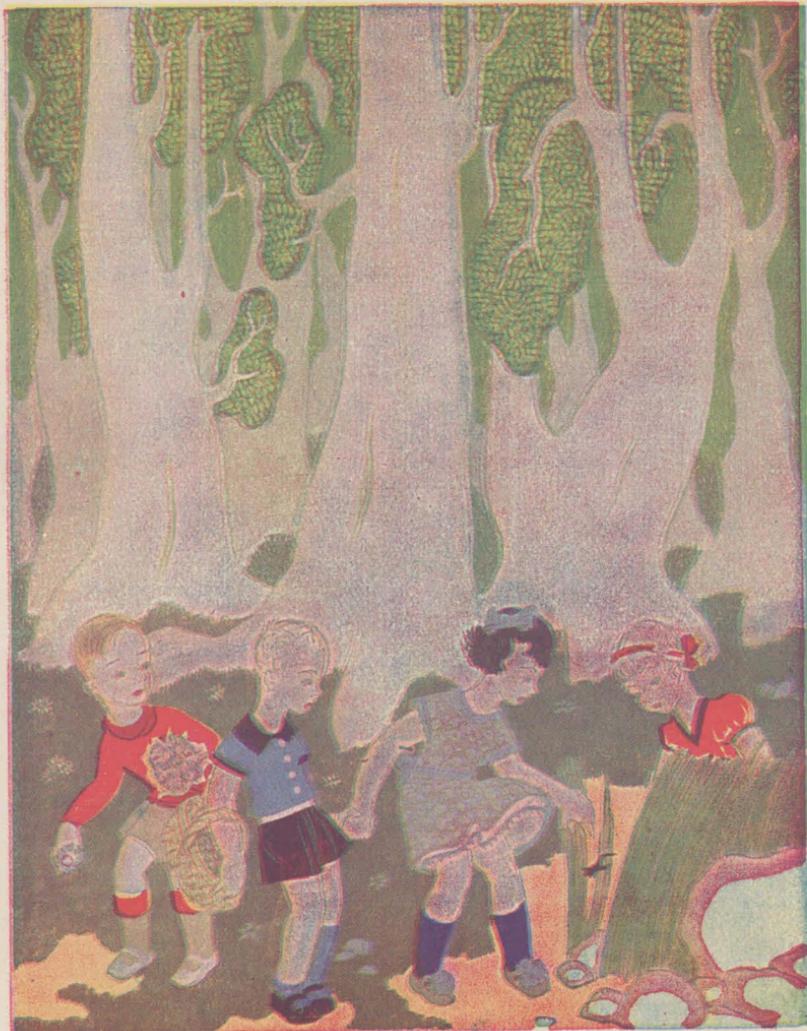
Un esfuerzo más, y nos encontramos a doscientos quince pies sobre el nivel del mar, de pie en la meseta en que descansa el gigantesco acróbata de piedra.

Luego que lo examinamos minuciosamente, abrimos una botella de vino de Italia, que bebimos, brindando en silencio por la buena suerte de nuestros mejores proyectos.

Enseguida colocamos el cristal vacío junto al eje de la piedra: imprimimos a ésta un pequeño movimiento hacia nosotros; la botella crujió saltando en millares de pedazos.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



EL BOSQUE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



El bosque y los hombres



medida que los países aumentan su población, los hombres van extendiendo los centros poblados en los que han construido sus viviendas. Es así como se pueblan los alrededores de las ciudades: quitando terreno a las llanuras, o a los bosques, en las regiones donde los hay. Pero si es fácil conquistar la llanura, en cambio es más difícil penetrar en los bosques. Y el hombre necesita a veces, internarse en ellos, porque no siempre dispone de terreno para sembrar plantas útiles a su alimentación, o para criar ganado. Entonces se hace sitio en los bosques.

Y los bosques, aun los más tupidos, los que por su extensión y sus numerosas especies de plantas es mejor llamar selvas, van dejándose vencer por los hombres. Pero en estos bosques tan extensos, donde viven los monos aulladores, los leones sin melena, las temibles serpientes y los insectos más brillantes, sólo es posible abrirse camino recurriendo al fuego.

¡Qué ricos de vegetación, qué apretados de plantas deben ser estos bosques, para que un pedazo de terreno cultivable, se consiga, únicamente, con el auxilio del fuego!

El jaguar.

ROBERTO, mi hermanito, se disgusta cuando le hablan del jaguar. Dice que le causa miedo; pero si el jaguar no está presente ¿de qué tiene miedo Roberto?

Es que conoce el tamaño y los hábitos de este animal, y entonces, se imagina, seguramente, que lo tiene cerca. Mas, ¡Dios nos libre de tenerlo cerca si no está enjaulado.

Es un animal enorme: contando la cola mide más de dos metros de largo, y tiene una altura de casi un metro.

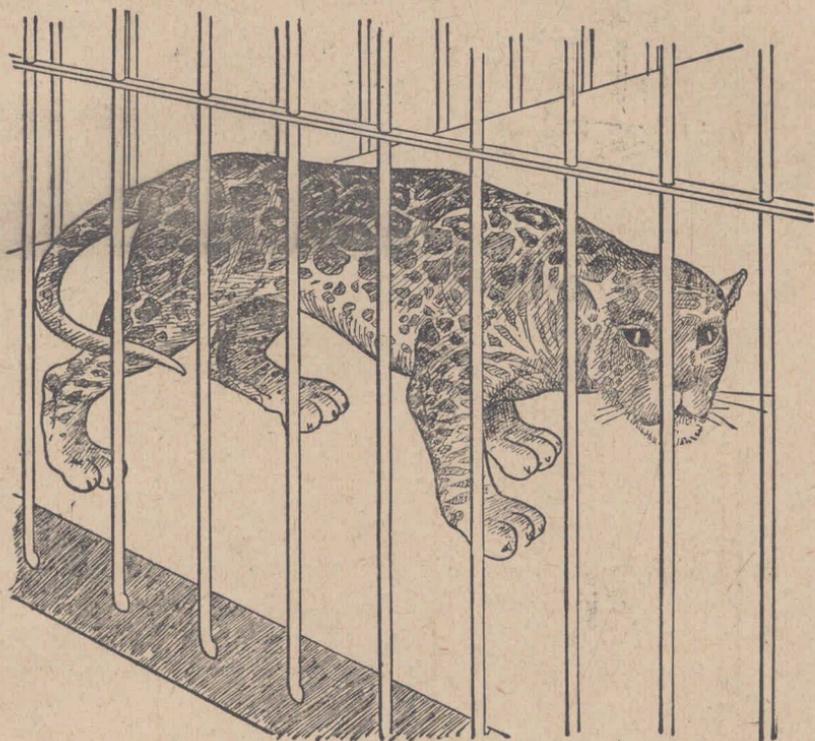
Se alimenta de todos los animales que encuentra, grandes o chicos: porque para él cualquier carne es sabrosa.

Aunque es más bien lento en el andar, toda su pesadez desaparece cuando está excitado: ¡entonces sí que se vuelve agilísimo!

Su vista es muy fina: penetra la oscuridad; y su oído es tan delicado que adivina a distancia la presencia del animal que se convertirá en su víctima.

Nada hay más curioso que ver un jaguar, encerrado en las jaulas de los jardines zoológicos, lejos de las selvas en las que fuera dueño y señor: extrañando probablemente su antigua libertad, luce su pelaje amarillo rojizo, lleno de manchas raras, mientras se mueve con

lentitud; con su andar pausado recorre la extensión de su jaula y pasea su vista sobre los curiosos, como si tratara de pedir explicaciones a los hombres que lo sacaron de la selva, obligándolo a vivir alejado de ella, como un señor de ciudad.





Distintos usos de las maderas

HAY muchos árboles distintos; y diferentes son, también, claro está, las maderas que se obtienen de ellos.

Los hombres, siempre dispuestos a aprovechar lo que la naturaleza produce, han estudiado muy bien los tipos de maderas que los árboles nos dan; y las han clasificado según la utilidad que prestan.

Y las hay blandas, poco sólidas, como las del castaño, del sauce o del abedul, que se emplean para hacer cajones o carbones muy combustibles.

Y es que el hombre, sabe elegir con mucho acierto, entre las maderas, aquéllas que mejor puedan llenar las necesidades que a él se le presentan. Así eligió la encina, el almendro, y en fin, el manzano y otros árboles más, para la fabricación del carbón, y aún, de muebles. Son las de estos árboles, maderas duras; pero hay otras, duras también y con un tejido muy lindo, que se utilizan en la fabricación de finos muebles: ¿Quién diría que los llamados de caoba o de ébano, tan brillantes, tan pulidos, no son más que una transformación de los árboles que llevan esos mismos nombres? Fueron arrancados de la tierra donde se erguían, contentos de vivir, y conducidos a lugares donde el hombre trabaja sus maderas coloreadas, que luego del lustre, quedan tan bonitas.

Pero aun hay más: las maderas tintóreas, de las que se extrae una materia colorante que sirve para teñir. Los palos encarnados del Brasil tienen mucha importancia en este sentido.

Y como si todo esto no fuera bastante, la naturaleza, incansable en su generosidad, da al hombre además, para que pueda realizar sus construcciones sin tropiezos, maderas ricas en resina, como el pino, el cedro y el abeto, que al contacto del agua se vuelven aún más duras.

Si nos pusiéramos a enumerar todo lo que la naturaleza brinda al hombre, necesitaríamos para ello, ¡quién sabe cuánto tiempo!

Cuidemos las plantas y los animales que viven cerca nuestro: ellos también, como nosotros, necesitan protección.



Mi cama fué un roble

Juana de Ibarbourou

Mi cama fué un roble,
Y en sus ramas cantaban los pájaros.
Mi cama fué un roble,
Y mordió la tormenta sus gajos.

Deslizo mis manos
Por sus claros maderos pulidos,
Y pienso que acaso toco el mismo tronco
Donde estuvo aferrado algún nido.

Mi cama fué un roble;
Yo duermo en un árbol;
Es un árbol amigo del agua,
Del sol y la brisa, del cielo y del musgo;
De lagartos de ojuelos dorados
Y de orugas de un verde esmeralda.

Oí decir al fuego

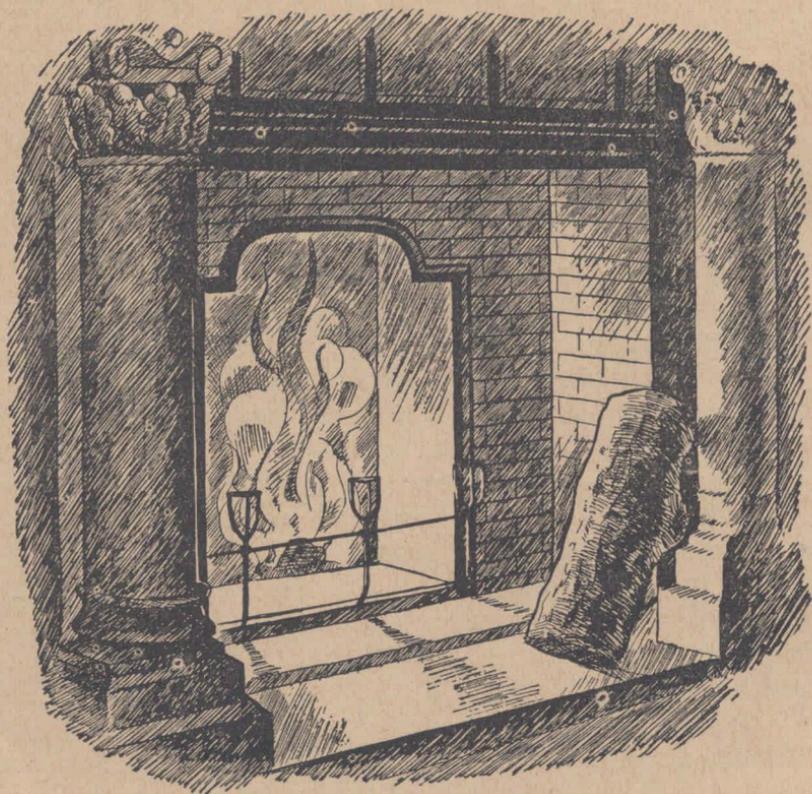
AQUÍ estoy, con mi color rojizo, con este color mío tan particular que, para que no se confunda con otros matices del rojo, es mejor llamar “color fuego”.

¡Cómo me gusta lucir mis llamaradas y retorcerme, aquí en el hogar de la chimenea, mientras el carbón que me alimenta, se va consumiendo!

En cuanto al carbón, no me aflige que se consuma: ¡ya volverán a echar más!... Me necesitan, porque hace mucho frío; y mientras haga frío aquí me tendrán bien mimado por todos: si alguien llega, acerca sus manos a mis llamas y exclama: “¡qué lindo fuego!”. Cuando oigo decir esto, me pongo contentísimo; pero en cambio el pobre Carbón sufre mucho... se lamenta con una suave queja; y yo, entonces, oid lo que le digo: ¡Pobre Carbón de Leña!... Pensar que fuiste en algún tiempo, una hermosa encina o un lindo castaño; ahora, sin embargo, estás a mi disposición. El se apresura a decirme, (¿no lo estáis oyendo?) el nombre del árbol que fué: “salí de la madera de la encina”, me dice al oído; y yo sigo compadeciéndole sin cesar.

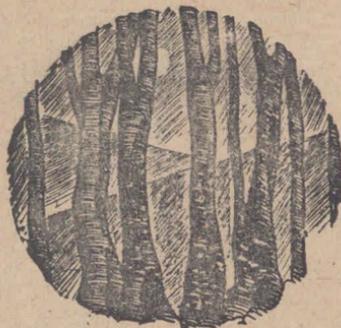
Pero ahora, de pronto, Carbón de Leña me ha dado un pequeño empujón; y al rozarlo con mis lenguas rojas para pedirle explicaciones por esta manera de tratarme, me ha dicho algo horrible... Si no me llamase Fuego me hubiera dejado frío de espanto. Oid lo que me dijo:

“No estés tan orondo, señor Fuego; tú no tienes corona como los reyes; y si ahora vives es porque yo te doy vida. No eres superior a mí, ni vivirás más tiempo que yo. Fíjate bien: ahora me compadeces; pero dentro de muy breve tiempo tú te irás apagando poco a poco y de ti no quedarán más que las cenizas. Entonces sí que estaremos bien unidos, y aprenderás a no ser orgulloso.



*Viejos bosques familiares
Sólo al gaucho y a las fieras;
intrincadas madrigueras
siempre sumidas en sombra,
con jazmines por alfombra
¡techo de enredaderas.*

RAFAEL FRAGUEIRO.





LA PAMPA



La pampa

HAY tierras tristes y
tierras dichosas:
tristes son esas tie-
rras polvorientas que no
producen nada, que no dan
nada.

Un río que las surque es apenas un hilo de agua: porque la sed de esas tierras es demasiado grande; y el agua les es poca.

Los hombres no pueden arrancar a esas tierras los frutos, y las verduras, y los pastos, que pueblan la extensión de las tierras dichosas. Ni tienen ocasión de hacerse agricultores.

La pampa, cubierta casi por completo de hierbas, puede decirse que es tierra dichosa, apta para el cultivo de cereales y para la cría del ganado.

De cuando en cuando, surge en ella una plantación de árboles, formando bonitos parques: vienen a ser en

la inmensidad de la pampa, lo mismo que los oasis en los grandes desiertos. Porque la pampa es inmensa, tan, tan inmensa, que vive a la espera de los hombres fuertes que habrán de remover su tierra al desgajarla en terrones. Ya hay hombres que la surcan y la siembran; pero todavía hacen falta muchos más.

Cuando esto suceda, cuando la población multiplicada se agrupe formando magníficas chacras o productivas quintas, las distancias parecerán más cortas.

Y la inmensidad de la pampa será algún día, una reliquia más en el recuerdo de los argentinos, como lo es ya el gaucho, con su chiripá y con sus prendas de plata.





El ombú

- Marcos Sastre

El ombú es el árbol del pueblo pastor a quien ofrece sombra y casa.

Se cría siempre solitario y a largas distancias en la Pampa.

La Providencia ha conservado por largos siglos, preparadas para el hombre, esas inmensas llanuras, cubiertas de una gruesa capa de tierra vegetal, libre de piedras, bosques y matorrales, para que le fuese fácil su cultivo.

El ombú es el único objeto que se eleva sobre la pampa.

Él ha resistido las sequías destructoras que de tiempo en tiempo han asolado las campañas.

¿Cómo una planta de tanto follaje y situada sobre un terreno árido, puede soportar tan prolongada privación de agua?

El camello y el dromedario, creados como el ombú para vivir en el desierto, tienen en su cuerpo grandes depósitos de grasa y de agua, a los cuales deben la facultad de poder pasar muchos días sin comer ni beber. Así el ombú, también tiene su provisión de agua que le permite soportar los ardores y la sequedad de su clima, sin perder nada de su frondosidad, sin faltar con la protección de su sombra.

“El ombú no sirve ni para el fuego”, es la frase repetida: pues a ello se debe su conservación, de tanta importancia para los habitantes de la pampa.

Otra propiedad bien averiguada se encuentra en la fruta del ombú: su zumo jabonoso posee en alto grado la virtud de quitar las manchas más tenaces de la ropa. Ningún pájaro come este fruto; así es que permanece largo tiempo en el árbol esperando que el hombre quiera utilizarlo.

El ombú prospera en los lugares más áridos y en toda clase de terrenos, con tal que no tengan una humedad excesiva. Sólo se multiplica por la semilla, y es preciso, cuando es pequeño, ponerlo a cubierto de las heladas.

Trasplantándolo joven no requiere ya ningún cuidado, ni del riego; y a los cuatro o cinco años es un árbol frondoso.



El gaucho

MANEJA el rebenque; y más que para insinuar galopes al caballo, su amigo mejor, le sirve como arma en la pelea; o para distraerse golpeándose las botas, entre uno y otro mate que vacía de un trago.

Monta en recado, y “en pelo”, antes que en montura.

El chiripá, ahora, no es más que una reliquia, unida, a veces, a la reliquia misma que son los gauchos ya muy viejos. Ahora usa las amplias bombachas, la chaqueta, las botas, las espuelas, el poncho al cuello; el pañuelo, el chambergo, el rebenque: todo esto es su traje de fiesta.

Y tiene un gran cariño por la pampa, su tierra, de la que él es el hombre nativo.

Valiente, hospitalario, amigo de escuchar y de tocar la guitarra, el gaucho es bueno y noble. Por eso se dice de él que es hijo de su tierra: ancha, amiga, acogedora,



El poncho

Fernán Silva Valdés

POBRE mi poncho viejo, vas perdiendo el color!
También, no es para menos,
con las lluvias y las tormentas
que te han lavado,
con los soles y los veranos
que te han secado;
Y aun te quedan abrojos prendidos en los flecos,
abrojos amarillos
que parecen semilla de recuerdo.

En el baúl causabas
impresión de abandono, pero ahora
que te ha dado la noche, y el cielo y el sol,
eres casi el de antes, todavía conservas
sabor a erin de potro, y a campo y a fogón.



La yerra

No; yo no lo creo. El campo no es aburrido como todos dicen. Y eso de que es triste... ¡yo no lo he notado! ¡Yo me he divertido una barbaridad!

Como si fuera cosa de hoy, me acuerdo de la “ye-

rra". ¿Qué es la yerra? Eso, precisamente, quiero contar:

Ya se sabe que todos los hombres no son buenos: los hay ladrones, que la policía se encarga de vigilar y castigar. En el campo sucede lo mismo; y así como mi hermanita tiene marcados los pañuelos para saber que son suyos, los dueños de los campos o los arrendatarios hacen marcar los animales por dos razones: primero para que no se los puedan robar; y además porque en los campos, separados por simples alambrados, no se puede impedir que los animales salten al campo vecino y se mezclen con los otros: la marca permite que el dueño los pueda recuperar.

A esto de marcar los animales es a lo que se llama "la yerra".

La marca es de hierro; y me contaba el mayordomo de la estancia que en la provincia no existen dos marcas iguales.

Para marcar la hacienda, primero hay que enlazar los animales. Luego, echarlos en el suelo. Cuando ya están así, se les pone el pie en el pescuezo, y una vez el animal maneado, se marca.

La marca se calienta hasta que se pone roja: entonces se aplica al animal.

La oveja, no se marca, se señala.

En el campo la yerra es una verdadera fiesta: hay corridas de sortijas, se baila el pericón... Es, en fin, una fiesta muy entretenida. Y como dice mamá, ¡muy interesante!



La doma

ALGUNOS chicos de la escuela, creían, cuando estábamos en tercer grado, que los caballos, nacen, crecen, y un buen día se dejan montar y salen muy campantes, al trotecito, con el jinete a cuestas.

O que si a uno se le ocurre engancharlos a un coche, ellos se quedan tan contentos... ¡No!

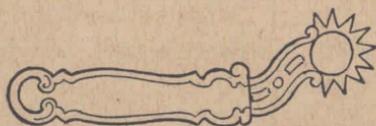
Los animales que nunca han sido montados y han andado siempre por el campo, hay que domarlos, es decir, es necesario acostumbrarlos a servir de silla que lo lleve a uno; o a que sepan tirar de los coches.

Si yo me subo a uno de esos animales que nunca han sentido una persona encima, es seguro que me arroja contra el primer alambrado que encuentra en su carrera; a no ser que me despida mucho antes de llegar al alambrado. Pero con los domadores no pasa así: el domador se sienta en el potro y ya puede el potro moverse que él se queda como clavado en el animal.

A éste hay que tenerlo veinticuatro horas atado a un poste. ¿Por qué? Al cabo de ese tiempo le queda el pescuezo tan dolorido, que obedece más fácilmente al domador cuando éste maneja las riendas.

Luego que se maneja el animal, sobre él, se coloca el recado.

Cuando el domador monta, algunos animales corcovean; otros disparan. Pero es admirable que estos hombres valientes, una vez montados en el recado, no se caigan más que por casualidad. El potro y el jinete parecen formados de una sola pieza... Mirándolos, yo me acordaba de aquellas figuras que me gustaron tanto y que me parecieron tan extrañas: los centauros.



El baño de los animales

EL otro día, mis hermanos menores, se reunieron en casa con unos amiguitos, y empezaron a jugar a la escuela.

Susana hacía de maestra.

Dirigiéndose a mí, me dijo: Hoy tenemos visitas, y como siempre no vas a hablar tú, por tu cuenta o por la de esos señores que tú sabes, hoy yo seré la maestra. Les contaré a los chicos lo que aprendí en la escuela.

Después agregó: Chicos: ¿para qué nos bañamos?

Todos respondieron a coro: ¡Para limpiarnos!

Bien, contesta Susana entusiasmada. Y agrega: Hay que ser muy limpios, porque estando limpios parecemos más lindos. Y además por otra cosa: porque la limpieza ayuda a evitar las enfermedades.

Y bien, niños: los animales también hay que bañarlos para que no haya pestes como... como... ¿cómo se llaman las pestes, señor Gustavo?

Advierto que Susana no recuerda el nombre de las pestes. Respondo para que salga del apuro: la sarna, la garrapata...

Ella, muy seria, continúa: Bien; pero como los animales en el campo son muchos, hay bañaderos especiales.

—Muestra una lámina a los demás chicos—.

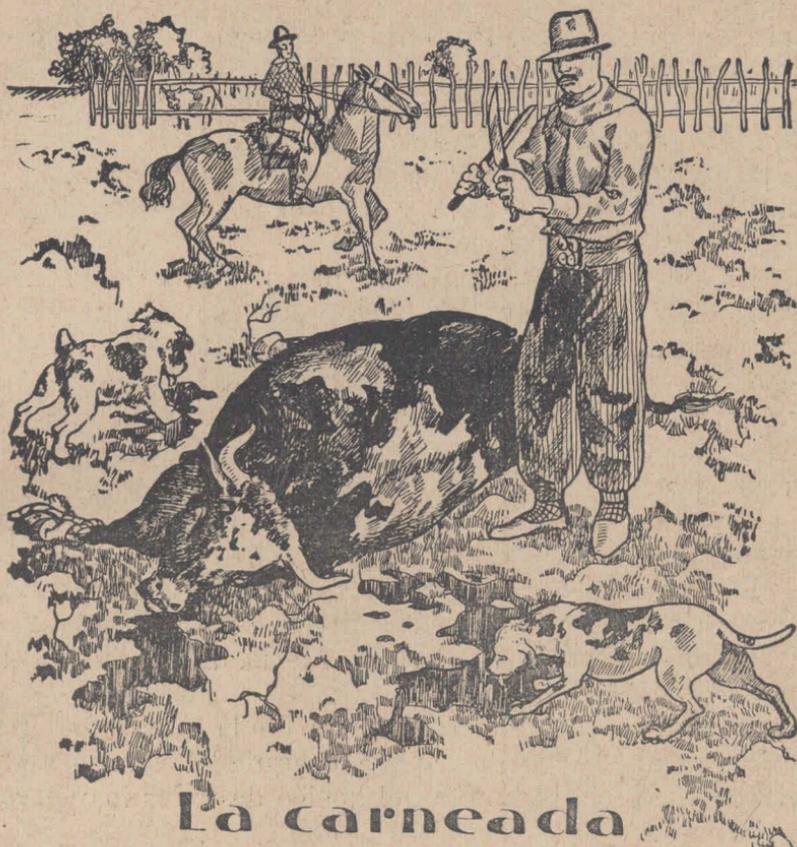
Señala con el puntero el recorrido de los animales. Explica: por aquí entran. Aquí se zambullen. Por aquí salen.

Hay que echar, también, un líquido desinfectante en el agua.

Y llevándose la mano a la frente, grita, casi: ¡Ah, me olvidaba!: el bañadero puede construirse en madera o en ladrillo.

Ha sonado la campana del recreo, niños.





La carneada

LEGAMOS al rodeo: la hacienda comenzó a arremolinarse, mientras el capataz, al paso de su caballo, se mezclaba entre ella, la estudiaba, la penetraba con su ojo observador.

Al fin se hizo la elección: una vaquita overa de buen aspecto.

Movimientos combinados del capataz y de los peones la sacaron del rodeo, y flanqueando, la comenzaron a

arrear hacia la casa. Poco antes de llegar a ésta, la vaca quiso volverse; ya era tarde: un lazo zumbó en el aire.

Quiso huir y se sintió presa; corrió sobre quien la sujetaba y no pudiéndole alcanzar se volvió, y a la disparada trató de cortar el lazo con un tirón en que emplearía toda su fuerza y todo el peso de su cuerpo.

¡Todo fué en vano!

El enlazador le conocía el juego y su caballo también: el tirón no surtió efecto, pues caballo y jinete aflojaron en el primer empuje, y pasado él, la cuerda se estiró como si fuera de goma; el caballo empezó a avanzar paso a paso, un poco encorvado, la barriga hinchada por el esfuerzo, y la vaca comenzó a ser arrastrada.

Dos fuerzas se la disputaban: no podía avanzar ni retroceder: se tiró al suelo.

Los enlazadores despiadados, se reunieron y comenzaron a tirar en el mismo sentido, arrastrándola.

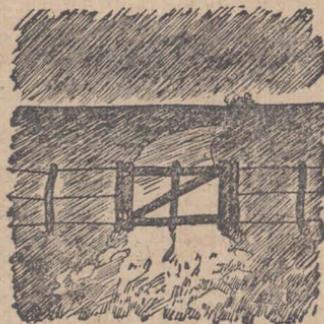
Un ancho surco en el suelo fué la última huella de su resistencia.

Pronto no quedó en el lugar de la carneada otra cosa que el charco de sangre coagulada, conservando en su superficie la huella del hocico de todos los perros de la casa.

La hacienda comenzó a salir del rodeo, se acercó a la casa, baló con tristeza sobre los despojos de la que fué su compañera, y luego, poco a poco, fué perdiéndose allá, en la llanura verde y solitaria.

*Yo he conocido esta tierra
En que el paisano vivía
Y su ranchito tenía
Y sus hijos y mujer.
Era una delicia el ver
cómo pasaba sus días.*

JOSÉ HERNÁNDEZ.





LA ALIMENTACIÓN

Cuidado de la boca



CUANDO se piensa en todo lo que se puede comer, a uno le da una gran pena esa gente que olvida el cuidado de su boca como si se tratara de algo sin importancia.

¡Hay tantas cosas ricas! ¡He visto tantas plantas que se emplean para la fabricación de alimentos!

Cuando alguien me decía: “de esta semilla se obtiene la harina, la llamada harina de trigo, que es la mejor”, yo me acordaba del café, semilla del llamado árbol de café; del cacao, de los frutos... Enseguida me ponía a mirar los animales cuyas carnes riquísimas tanto me gusta comer...

Y luego me quedaba pensando en la pobre gente a quien le faltan las muelas, o las tiene enfermas, y le resulta difícil masticar los alimentos.

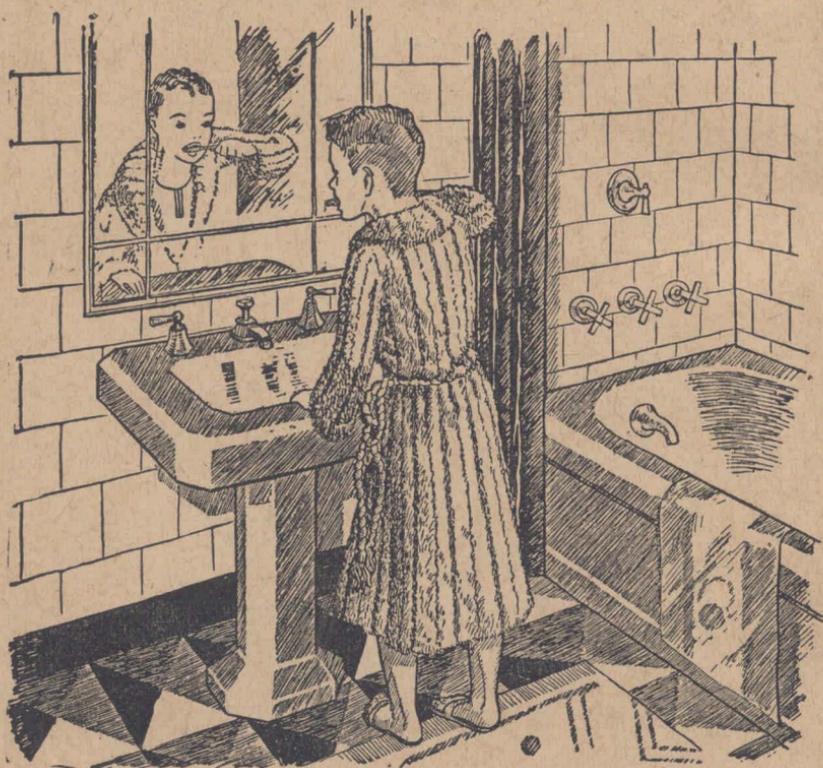
Muchos chicos creen que tener las muelas enfermas, tenerlas cariadas como se dice, no es nada malo; pero es porque no cuentan, como yo, con un dentista amigo que les explique todos los trastornos digestivos que la caries puede producir.

Los alimentos masticados por las muelas estropeadas no ahorran trabajo al estómago; al contrario: lo perjudican. El alimento no debe estar en contacto con las muelas enfermas, las que mis hermanitos llaman muelas “picadas”.

Siempre he sido muy amigo de la higiene; y así como me gusta andar limpio como si recién saliera de una

caja, pienso que la higiene de la boca, no consiste, solamente, en lavarla todos los días: es necesario tenerla siempre sana.

La boca, puerta de entrada de los alimentos, debe contar con una dentadura limpia y sana. Porque es importantísimo que ellos pasen al estómago en buenas condiciones, y no estén nunca en contacto con las caries, que los alteran en perjuicio de la salud.





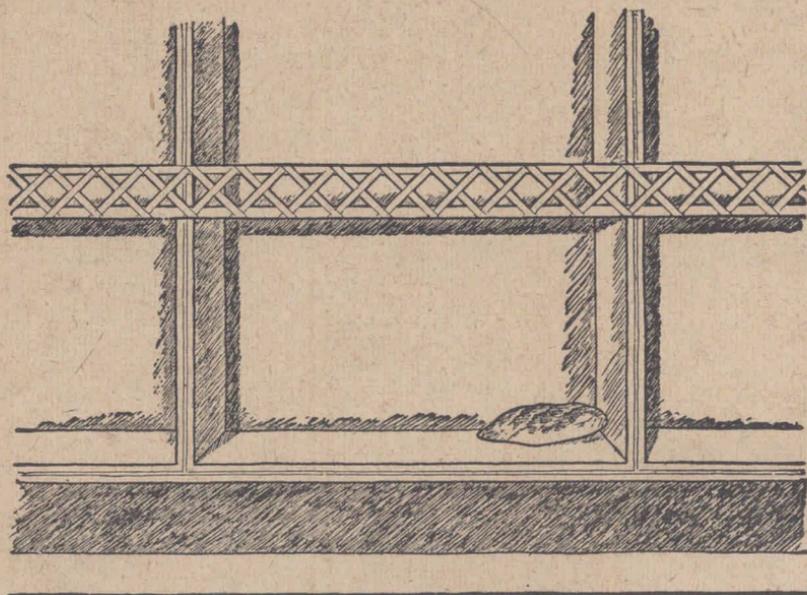
El molino

G. Martínez Sierra

SIGUE el agua su camino,
y al pasar por la arboleda
mueve impaciente, la rueda
del solitario molino.

Cantan alegres
los molineros
llevando el trigo
de los graneros.
Trémula el agua
lenta camina;
rueda la rueda,
brota la harina.
Y allá en el fondo
del caserío
al par del hombre
trabaja el río.

La campesina tarea
cesa con el sol poniente,
y la luna, solamente,
guarda la paz de la aldea.



Monólogo de un pan en los estantes de una panadería

ME he quedado solito: todos mis compañeros han ido marchándose. Algunos acompañados de ricas tortas o de ricos bizcochos. Dentro de poco me llegará el turno a mí.

Cuando no se tiene con quién conversar no hay más remedio que hablar solo: uno se entretiene recordando su vida. La mía no es una vida larga; pero podría contar la historia de mi familia empezando por la de mi padre, a quien quise mucho: su nombre era Trigo.

Allá en su juventud, fué una linda planta que llamaba la atención de todos. Pero en mi familia, aquí en la Argentina, ya se sabe la suerte que todos corre-mos desde 1580, en que se fundó en Córdoba el primer molino destinado a la industria harinera.

Entre las varias hijas de mi padre, mi hermana Se-milla y yo fuimos muy unidas: éramos gemelas.

Siempre no me he llamado Pan; en un tiempo me llamé Harina.

Mi hermana me llevaba siempre con ella, y me en-volvía en una cascarilla que me preservaba del frío.

Un día vinieron unos hombres y nos separaron de papá. Mi hermana y yo seguimos por algún tiempo juntas; pero aquellos hombres sabían que yo estaba escondida en ella, y que era la mejor harina para fabri-car el pan: ;nos separaron!

Ella quedó solita; le pusieron el nombre de Salvado.

Yo tenía muy buena presencia: era blanca y suave.

Me llevaron a una panadería; me mezclaron con una cierta cantidad de levadura, arrojando, además, sobre mí, un poco de sal. Luego me amasaron cuidadosamente.

Cuando una vez cortada en panes, llegó el momento de la cocción, me llevaron al horno. Confieso que al principio tuve miedo, pero soporté perfectamente la temperatura elevada; y al salir hacía un pequeño ruido, como cuando rechinan los dientes.

Ahora soy un pan, todo un señor Pan, que morirá dentro de poco, masticado vaya a saber por quién.

Pero no estoy descontento de mi suerte: ayudo a los necesitados, y desempeño un papel muy importante en la vida del hombre.



La paja en el ojo ajeno

Manuel Ossorio y Bernard

AUNQUE hace dos horas
O tres que es de día,
Ha almorzado Juana
Huevos en tortilla,
Jamón con tomates,
Cinco o seis torrijas,
Dos melocotones
Y cuatro rosquillas;
Luego a sus palomas
Les echa unas migas,
Y dice al mirarlas
Comiendo, la niña:
¡Cuidado, si tragan
Estas palomitas!

La caña de azúcar

DIME Gustavo: ¿Es verdad que Tucumán, esa provincia nuestra tan chiquita y que guarda tan lindos recuerdos para los argentinos, es muy rica en azúcar?

—¿No lo sabías?

—Lo aprendí hoy en la escuela; pero no sé del todo bien de dónde se saca el azúcar.

—Del tallo de una planta llamada caña dulce.

—¡El tallo! Ahora es el tallo. El otro día estudiamos una semilla: la del trigo; después el fruto del olivo; ahora, en cambio, es el tallo.

—Me alegra tu observación: de todas las plantas no se aprovecha la misma parte. Las hay cuya parte más codiciada es la raíz, como la remolacha; otras, de las cuales se aprovechan las hojas, como el té. De la caña dulce, llamada también corrientemente caña de azúcar, se aprovecha el tallo.

—¿Y por qué le llaman caña dulce?

—Porque su aspecto es el mismo de la caña común; pero, para distinguirla de ésta, se le agrega dulce.

—¿Y es muy difícil fabricar el azúcar?

—Nada es difícil hoy con las grandes maquinarias: lo primero que se hace es cortar las cañas cuando éstas llegan a su madurez. Los encargados de este trabajo arrancan las hojas y hacen atados de cañas que luego son conducidos al molino.

La primera operación para fabricar azúcar consiste en estrujar la caña por medio de grandes cilindros de

metal. La caña, al ser apretada, despidе un jugo azucarado. Es este jugo, el que sometido a varias operaciones más, dará por fin, el azúcar refinado que nosotros usamos.



La aceituna



ESTE hueso de aceituna que ves aquí casi me rompió un diente el otro día.

—¿Y tú no sabes que esa dureza del carozo de la aceituna es la causa de que tarde dos años en germinar?

—¿Dos años? Me parece demasiado tiempo.

—Por eso, precisamente, las gentes entendidas, han

solucionado el asunto, rompiendo la envoltura leñosa y sembrando sólo la almendra.

—¿Cuál es el árbol que produce a la aceituna?

—La aceituna, que también se llama oliva, es el fruto del olivo, árbol que tiene unos cinco metros de altura.

—Me gustaría tener un árbol de olivo para comer muchas aceitunas. Yo lo cuidaría con gran cariño, como se deben cuidar los árboles.

—Sí, es verdad; da pena ver esa gente que no tiene amor a los árboles, que son tan útiles y que prestan tantos servicios al hombre: tú habrás oído decir que la aceituna no sólo sirve para comer; también de ella se obtiene el aceite.

—¿Y cómo se hace para extraer el aceite de las aceitunas?

—Es muy sencillo; de ellas se extraen varias clases de aceite: uno de primera calidad que se consigue exprimiendo la aceituna en frío; otro, que es el aceite común, se obtiene hirviendo las pulpas de las aceitunas que ya han dado el primer aceite; y así se van preparando otras clases de aceites cada vez más inferiores.

—¿Sólo de la aceituna se saca el aceite?

—No; también se extrae de la amapola, del almendro, del nogal, del lino y de otras plantas.

Además has de saber —y si no lo sabes lo aprenderás ahora— que el aceite tiene diversos usos: ciertos aceites son comestibles; otros no se emplean para comer sino para fabricar barnices, para facilitar el movimiento de las máquinas, para el alumbrado... Porque no sé si te has enterado: también hay aceites minerales.



El pavo

LAMA la atención este animal de cuello largo y cuerpo ovalado, con su plumaje generalmente negro y sus alas apenas blanqueadas. Claro que también hay pavos blancos, o de color blanco y amarillento, y otros aún, grises; pero cualquiera que sea la coloración de sus plumas, lo cierto es que siempre interesa, quizás porque recuerda los días en que se convierte en la preocupación de la familia: estoy refiriéndome al día de Navidad; entonces sí que es el niño mimado. Los vendedores de aves, sabiendo lo mucho que se lo busca en ese día, se preparan a cobrarlo más caro.

Su carne, rica para algunos, no lo es para otros; hay quien prefiere la carne de pava por encontrarla más sabrosa.

La pava es más pequeña que el pavo y no tiene espolones; el pavo en cambio, se distingue enseguida por un fleco de cerda que le cuelga del pecho.

Es curioso observar el esmero con que la pava cuida sus pavipollos (que así se llaman los pavitos pequeños). Estos se separan de la madre una vez crecidos; y es muy fácil transportarlos, aun en grandes manadas, porque són muy tímidos.

Lo cierto es que el pavo, la pava y los pavipollos, forman una familia de aves comestibles muy importante, originaria de América.

Es una pena que siendo todos ellos tan útiles, aun no nos hayan dejado contentos, y todavía hagamos uso de su nombre, para decir a veces: ¡no seas pavo!





La perdiz pardilla

ENTRE las carnes blancas, la de perdiz es una de las que más me gusta. Algunos la encuentran un poco seca; pero a mí me parece muy rica.

La perdiz pardilla, que según los entendidos en asuntos de animales no gusta ni del mucho calor ni del intenso frío, prefiere por esto, los climas templados.

Es amiga de vivir entre los trigos y lugares sembrados, porque tal vez en ellos le es más fácil encontrar alimento: por eso resulta un animal común en los campos abiertos.

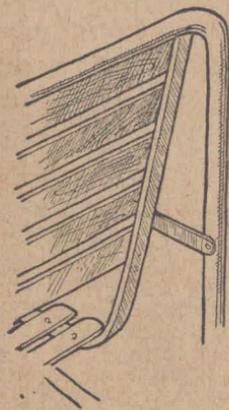
Se dice también de la perdiz, que se encariña mucho con el lugar donde nace, siéndole fácil alejarse; pero si alguna vez se aleja siempre acaba por regresar a él; ¿cómo no decir, entonces, que es un ave patriota?

Me gusta enterarme de la vida de estos animalitos que nos brindan sus carnes; y aunque las como con gusto, confieso que soy incapaz de matar ninguno. Papá dice que estos animales nacieron para ser comidos; pero que hay mucha diferencia entre matar los animales cuyas carnes se usan como alimento, y maltratarlos o matarlos porque sí. Tiene razón papá: ¿Hay algo más feo, más despreciable, que los niños amigos de maltratar los animales?

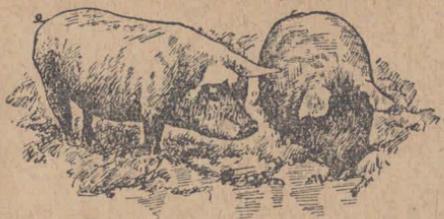


La condición

Ramón de Campoamor



AL regresar del otero,
lleno de gozo y cariño,
les dió a una niña y un niño
dos pájaros, un cabrero.
Dándole un beso primero
la niña el suyo soltó;
al pájaro que quedó
no se le pudo soltar,
porque el niño, por jugar,
el cuello le retorció.



El cerdo

ESTE animal, del que se puede sacar tanto prove-

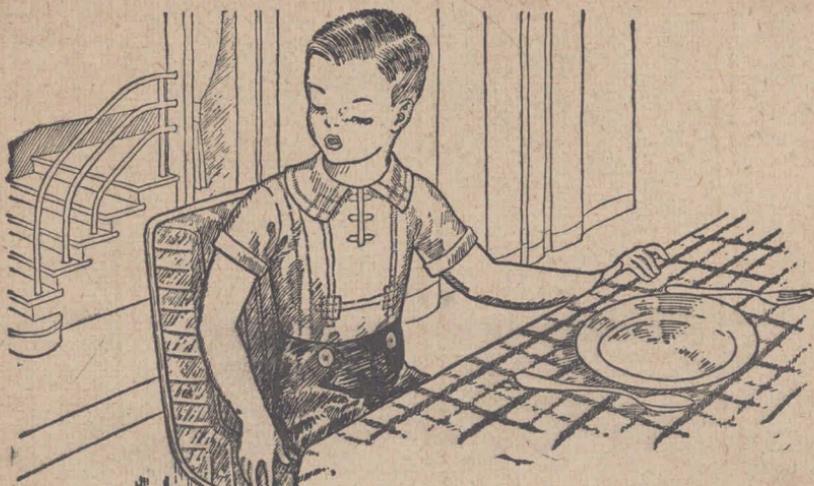
cho, no tiene ninguna inclinación por la limpieza. No tiene, tampoco, ninguna cualidad como para servir de ejemplo en nada bueno: es glotón, tan glotón, que con tal de comer, no se fija en que el alimento esté sucio o limpio; y tal vez por esta causa suele contraer a veces una enfermedad muy mala.

Claro que para disculparle un poco su glotonería se podría recordar algo muy importante: el cerdo tiene un estómago muy grande que le exige alimento, y su sentido del gusto muy poco desarrollado; pero aun así es tan glotón que no lo podemos disculpar del todo.

La alimentación influye en el sabor de su carne; por eso algunos lo guardan durante las dos o tres semanas anteriores a la matanza en un lugar muy limpio, para poder alimentarlo a gusto y con mucha higiene.

De este animal se aprovecha todo: su carne, su sangre, las tripas, la grasa. Y alejándonos un poco de la alimentación, recordemos que su cuero se usa mucho en la fabricación de calzado, carteras, guantes, y en fin, de otras cosas.

En nuestra campaña se crían en abundancia los cerdos; y ellos se dejan criar, siempre pensando en comer y ajenos por completo a todo lo que sea limpieza. ¡Ah! No hay más que aproximarse a un chiquero — como se llama en el campo el corral de los cerdos — para darse cuenta de lo que significa ser aseado.



Comedimiento y astucia

Calderón de la Barca



A cuatro o cinco chiquillos daba de comer su padre cada día; y como eran tantas porciones iguales un día se olvidó de uno. El, por no pedir (que es grave desacato de los niños), estábanse muerto de hambre. Un gato maullaba entonces, y dijo el chiquillo: — ¡Zape! ¿De que me pides los huesos si aun no me han dado la carne?



Una señora millonaria

HABÍA una vez una señora millonaria. Millonaria quiere decir muy rica. Muy, pero muy rica. Y era muy delicada para comer. Tan delicada, que por muchísimo tiempo, sólo se alimentó de sesos de canario. Es de imaginarse los muchos canarios, el número incalculable de canarios que habrá consumido durante su vida. Si uno piensa en lo que come todos los días, podrá calcular, no el número exacto, pero sí la gran cantidad de sesitos que consumió la señora diariamente para poder vivir.

Mas era difícil procurarse tantos y tantos canarios: los sirvientes de la señora, que eran muchos, los encargaban a todas partes del mundo donde pensaban poderlos encontrar; y como venían de muy lejos, era necesario pagarlos muy caros.

Aquella señora no pensaba más que en comprar canarios. Y tantos compró, y tanto dinero le fué indispensable para adquirirlos, que su fortuna empezó a mermar: cada vez tuvo menos dinero. Cada día menos. Hasta que se encontró tan pobre, que para no morir de hambre, hubo de reemplazarlos por nueces con pan.

Y aquella señora que había sido tan rica, tan rica, y tan delicada para comer, exclamaba después, a cada rato, arrepentida de su capricho tonto: “¡Ah!, ¡si yo hubiera sabido que eran tan ricas, pero tan ricas, las nueces con pan!”.





EL VESTIDO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Los vestidos y la temperatura

Si la temperatura fuera siempre la misma, sería más fácil vestirse. Pero como ya sabemos que ella no es todo el año igual, nos preparamos para resguardarnos del frío, tanto, como para hacer más llevadero el calor.

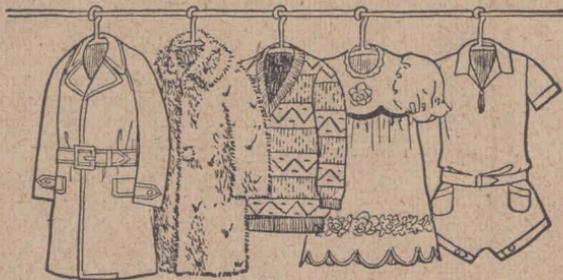
El invierno suele ser muy malo; menos mal que se anuncia por medio del otoño, que lo precede, y va dejando desnudar sus árboles como diciéndonos: “recordad que cuando mis árboles se desnudan, vosotros debéis empezar a abrigaros bien: está por llegar el invierno”.

Y nosotros agradecemos al Otoño su anuncio; y nos preparamos para recibir los grandes fríos que vendrán, procurándonos abrigos de lana, y si es posible, recurriendo a las pieles.

Y llega el Invierno; el Invierno desolado, lleno de dolores reumáticos, azotada la cara por las lluvias y despeinado su cabello, blanco como la nieve de la cordillera.

Da gusto entonces, acercarse al fuego: buscar sitio junto a la estufa; en el campo junto al fogón de la cocina o junto al brasero.

Pero pasa el tiempo; y mientras el invierno va alejándose, los días se hacen más largos, las noches más cortas: entonces nos parece oír, allá lejos, los pasos menudos de la Primavera. Y llega, ella también, como todos los años, con sus bonitas flores... Llega y pasa, para dejar su sitio al Verano; y buscamos los trajes bien frescos. Y los dejamos otra vez, para recibir, de nuevo, al Otoño.



El lino

Cómo? Ninguno de los dos sabía que hay, también, tejidos vegetales?

—No; no sabíamos, contestan a coro los dos hermanitos de Gustavo.

—Pero Susana; ¿acaso no tienes un traje de lino muy guardado, ahora, en el ropero? ¿no te lo pones bien contenta en verano?

—Y ese traje, ¿es sacado de una planta?

—El traje precisamente, no; el traje te lo confeccionó mamá; pero el género del traje, ¡claro que sí, Susana!, lo han hecho en las fábricas empleando la hilaza, que es el lino dispuesto para ser hilado.

La planta del lino tiene unos cincuenta centímetros de altura y da unas bonitas flores azules.

Cuando llega la época de la cosecha del lino, se lo pone a secar; se le separan las semillas, de los tallos, con un rastrojo; y luego el tallo se somete a varias operaciones hasta obtener la hilaza.

Una vez hilado, el lino se utiliza en la fabricación de tejidos muy finos, y sirve también, para fabricar hilo de coser.

Ya ven chicos, cómo es necesario cuidar mucho las plantas, que nos dan tantas cosas, sin que nosotros les retribuamos en forma alguna.





La oveja

Sí; la oveja es débil y muy tímida; no tiene recursos para defenderse, y si ella es miedosa, aun más lo es el carnero. Estos animales tan útiles al hombre, expuestos a ser devorados por otros animales más fuertes, bien puede decirse que siguen viviendo, como lo hace notar un sabio que los estudia siempre y los conoce muy bien, gracias a los cuidados del hombre.

La oveja es un animal que se encuentra cómodo en todas partes; enemiga de cambiar de sitio, cuando se

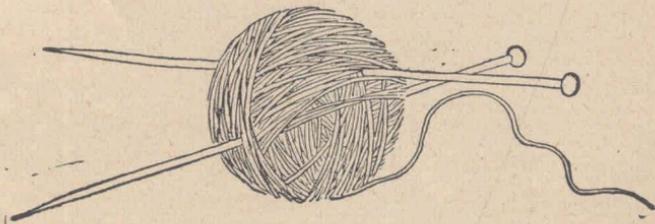
necesita mover una manada hay que guiarse por un cárnero adiestrado; y éste es seguido por el resto de los animales, los cuales acostumbran seguir a aquel de sus compañeros que inicia la marcha.

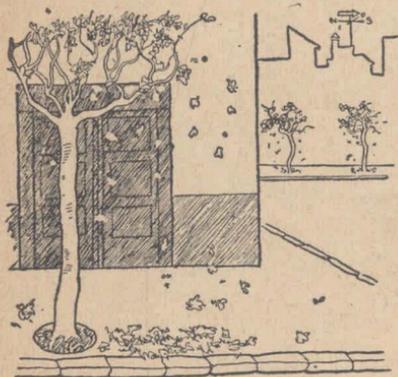
Vale la pena molestarse en cuidar las ovejas; no sólo nos proporcionan su lana, que tanto aprovecha el hombre para vestirse, sino que también nos dan lo necesario para alimentarnos.

La lana de la oveja se vende en gran cantidad, y se utiliza en la fabricación de géneros apropiados para la estación fría.

La esquila, o sea la operación que consiste en cortar la lana a las ovejas, carneros y corderos, se realiza en la estación calurosa para evitar que los animales se resientan con el frío; y se lleva a cabo luego de haberlos bañado muy bien a fin de obtener limpia la lana.

Da gusto observar estos animalitos tan útiles al hombre y tan sufridos. No en vano se dice de algunas personas que son mansas como una oveja.





Las estaciones

Monólogo de Susana

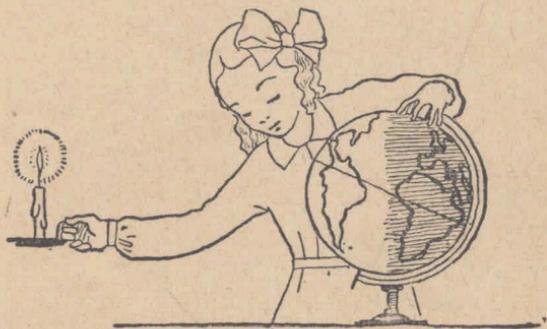
QUIÉN diría, Dios mío, que la Tierra tiene la forma de una naranja! ;Más o menos de una naranja! ;A mí nunca se me hubiera ocurrido! Pero lo que más me llama la atención, es que esté siempre dando vueltas alrededor de su eje; de modo que en veinticuatro horas, la Tierra da una vuelta completa. Como se encuentra colocada frente al sol, es muy expli-

cable lo que pasa: cuando está del lado del sol, se produce el día; mientras del otro lado, en cambio, es de noche.

Pero la Tierra es un planeta al que parece que le gusta viajar. Y entonces, no se contenta con girar sobre la línea que une los dos polos: a más de girar sobre sí misma, da una gran vuelta — una vuelta que dura todo un año — alrededor del sol.

Cuando me lo contaron, pensé que los viajes de la Tierra no debían ser muy divertidos, puesto que siempre recorre el mismo camino; pero dice mi maestra que como de esos movimientos depende la duración del día y de la noche y también las estaciones, resulta que sus viajes se convierten en los más divertidos del mundo. Es cierto que la temperatura es bastante parecida todos los años, y que siempre las estaciones son cuatro; pero la Tierra ha de observar, seguramente, cómo crecen los niños de una estación a otra, cuántos enfermos hay; cuántas personas malas se volvieron buenas de verano a verano o de otoño a otoño... ¡y un montón de cosas más!

Si la Tierra se fija un poco en mí, verá que de todas las estaciones, la que me gusta más, es la primavera.



La Primavera

LA Primavera viene
con su suave tibieza
y la música leve
de sus brisas ligeras.

En sus ropas alegres,
salpicadas de flores,
luce toda la gama de los verdes.

La Primavera llega
con su gracia divina
y un montón de promesas
en sus manos tendidas.

Anuncia, con las siestas,
pomposos quitasoles
bajo sus ojos claros de turquesa.

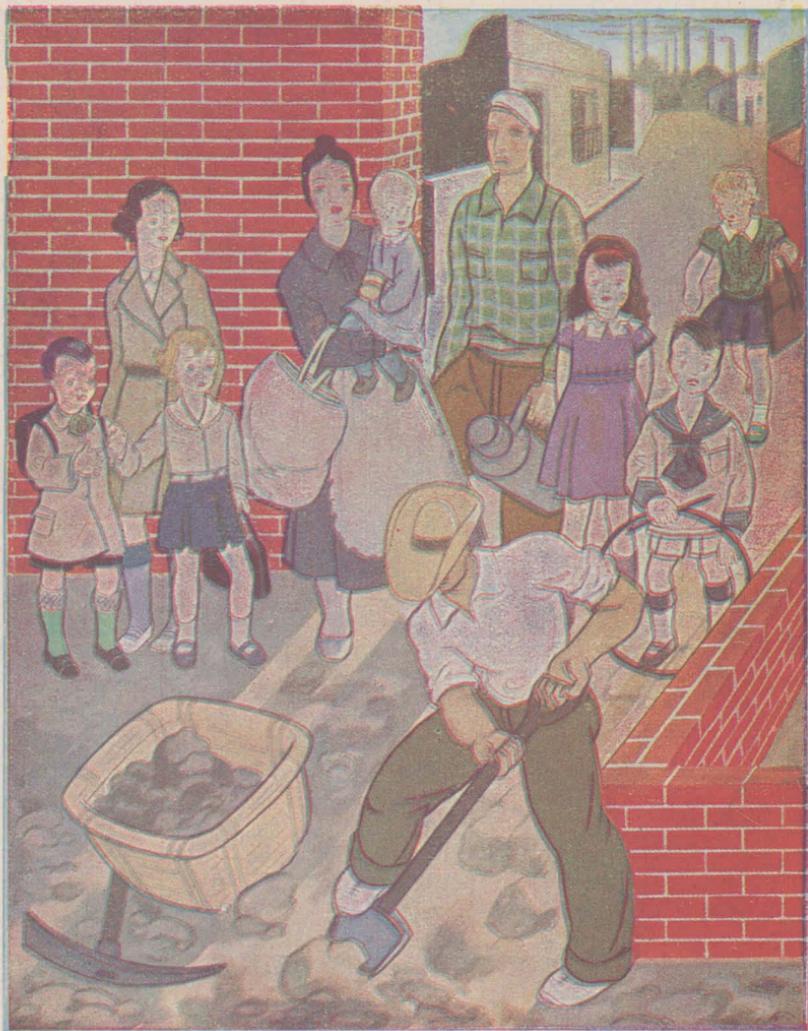
Sus juegos y sus risas
dan tumbos por los campos
y por las calles quietas...
Y todo se contagia
—los hombres y las cosas—,
al ver su linda cara de muñeca.



*"Buscó lana y lino, y obró
con el saber de sus manos".*



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



EL TRABAJO

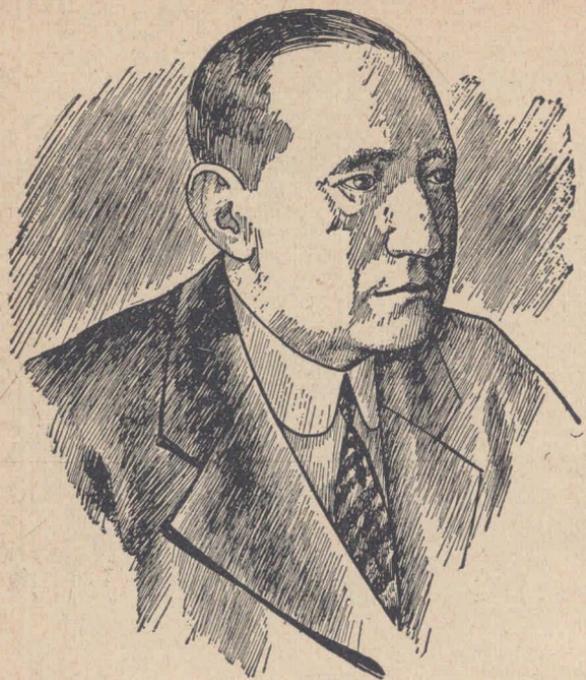
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



El trabajo

José Hernández

DEBE trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
De perseguir de mil modos,
Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.



La telegrafía sin hilos y Marconi

SUSANA, mi hermanita, me preguntó hace ya tiempo, cómo se sabe con tanta rapidez lo que sucede en otros países.

Le respondí:

Indudablemente, Susana, comprendo que reclames una explicación.

—Y bien; espero tu explicación, Gustavo. ¡Cuéntame, cuéntame cómo se hace!

—Piensa, lo primero, que de aquellos tiempos antiguos en que las noticias tardaban en llegar, ya no queda más que el recuerdo.

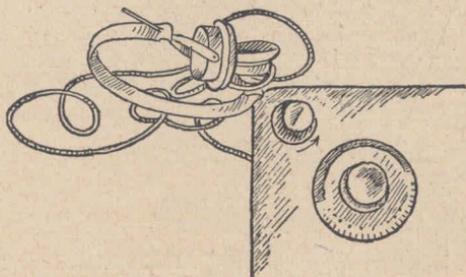
—¿El recuerdo?

—¡Claro! Si quiero saber lo que pasa en Europa, o lo que acaba de resolver cualquier gran personaje mundial con respecto a su país o a otro cualquiera, no tengo necesidad de averiguarlo por carta. Ya se encargará, pierde cuidado, de transmitirlo el telégrafo.

—¿Y qué es el telégrafo?

—Es un aparato gracias al cual podemos comunicarnos desde lejos.

Hace muchísimos años, hace siglos, Susana, ya los antiguos se comunicaban por medio de señales; de hogueras, por ejemplo, encendidas en lugares bien visibles. Pero piensa que estas hogueras no podían distinguirse sino a cierta distancia no muy considerable. Luego se ideó el telégrafo de brazos, que por medio de distintas combinaciones de sus brazos movibles podía transmitir mensajes. Después se inventó el telégrafo eléctrico. Y así fué perfeccionándose cada vez más; hasta que el gran inventor italiano, Marconi, consiguió construir un aparato que transmite mensajes sin necesidad de los cables submarinos: es la telegrafía sin hilos.



Los esposos Curie



MUCHOS son los hombres que han pasado la mayor parte de su vida dedicados al estudio, siempre tratando de inventar o de descubrir algo que pudiera beneficiar a la humanidad.

Entre los nombres de los que tantos sacrificios hicieron dedicándose por completo a la ciencia, hay uno que sale con justa razón a nuestro encuentro: el de los esposos Curie.

Ambos trabajaban en su laboratorio, cuando en cierta ocasión, en el año 1898, llegaron a descubrir un nuevo metal: el radio. La importancia del hallazgo fué muy grande, y gracias a él, los médicos contaron con un nuevo elemento para curar las enfermedades.

El descubrimiento del radio colocó a los esposos Curie entre las figuras más sobresalientes de la historia de la ciencia. Pero no sólo allí ocupan un lugar destacado: los hombres no podrán olvidar nunca todo lo que les deben, todo el bien que los dos hicieron a la humanidad.

Y más se venera la memoria de ambos cuando se recuerda que uno de ellos debió morir primero, y que ella, la señora Curie, siguió trabajando después de haber perdido a su compañero, entristecida y sola; pero siempre dispuesta a seguir sacrificando su vida en bien de todos. Sacrificando, sí: en 1934, el mundo entero se sintió sacudido por la noticia de su muerte. Nadie ignora que el radio es un metal muy peligroso; en tantos años de trabajo, quebrantó seguramente la salud de la señora Curie.

Ella es, por eso, doblemente gloriosa: buscó un medio de aliviar los dolores de los hombres, y nunca se acordó de que ese alivio podía significar para ella la muerte.





Ramón y Cajal



USTAVO tiene la palabra:
Hoy vamos a hablar de un sabio. Pensaba conversar acerca de otras cosas, pero este papelito que veo sobre la mesa, me hace cambiar de opinión. Este papelito dice: Ramón Ycajal. No se llama así, chicos;

lo han escrito mal. Son dos apellidos: Ramón y Cajal.

¿Entendieron lo que dijo de él papá, hoy, en la mesa? no, ¿verdad? Lo imaginaba.

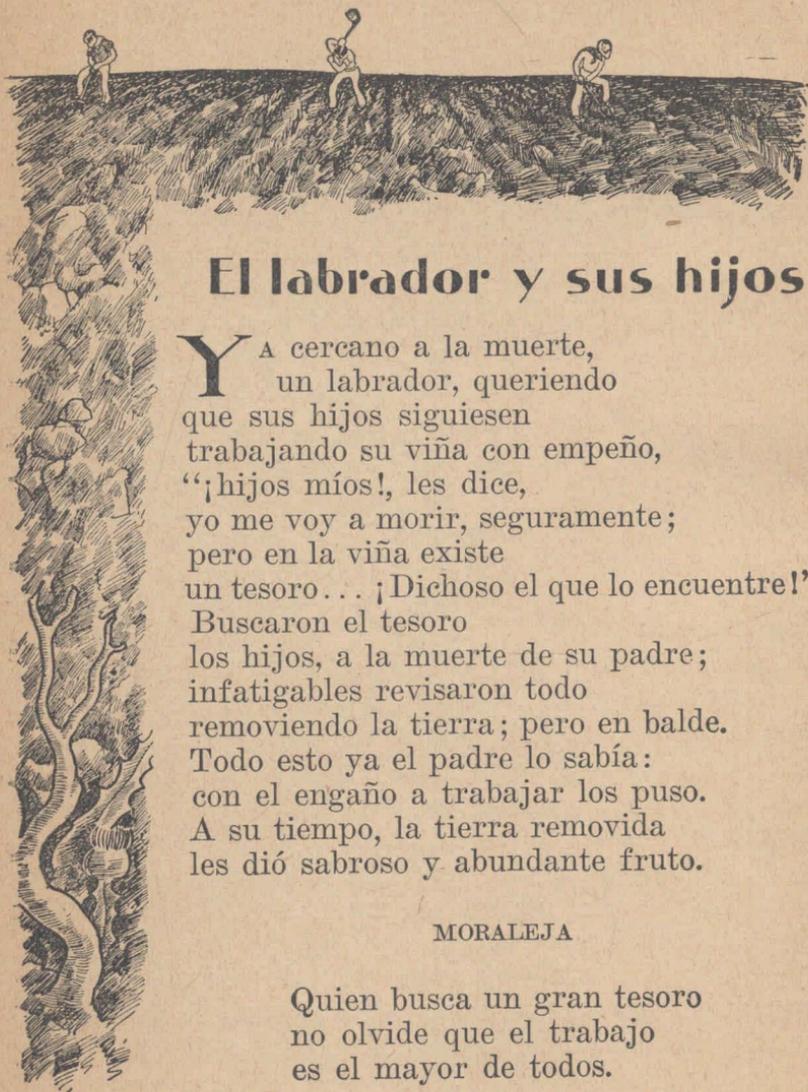
Este señor era un sabio de ahora, de nuestro tiempo. Y español. Murió durante el año 1934, y su muerte fué lamentada en todo el mundo: su larga vida puesta al servicio de la ciencia le conquistó la admiración y el respeto de todos. Les voy a contar lo que ha hecho: ustedes saben que hay unos aparatos para ver más grandes las cosas pequeñas: se llaman microscopios. Con esos aparatos, Ramón y Cajal pasó años y años observando las células. No es necesario recordarles que estamos compuestos de células. Son tan chiquititas, tan chiquititas, que sólo se pueden ver cuando las miramos con el microscopio. Cada célula, así tan chiquitita como les digo que es, tiene que realizar un trabajo. Y del trabajo de todas las células juntas depende la vida de cada persona: si las células se enferman sin remedio la persona muere.

Imaginen cuánto le deben los hombres a este sabio que se pasó la vida estudiando para bien de ellos, para bien de la humanidad. La humanidad, chicos, es el conjunto de todos los hombres.

Los estudios de Ramón y Cajal serán continuados por otros sabios; y tal vez llegue un día, dice papá, en que los hombres hayan descubierto todos los secretos y sepan cómo se hace para no morir.

—¿Sí?, interroga Susana.

—¡Sí!, contesta Gustavo; pero de seguro nosotros, pequeños como somos, no vamos a alcanzar a quedarnos vivos para siempre. ¡Es una lástima!



El labrador y sus hijos

YA cercano a la muerte,
un labrador, queriendo
que sus hijos siguiesen
trabajando su viña con empeño,
“¡hijos míos!, les dice,
yo me voy a morir, seguramente;
pero en la viña existe
un tesoro . . . ¡Dichoso el que lo encuentre!”.
Buscaron el tesoro
los hijos, a la muerte de su padre;
infatigables revisaron todo
removiendo la tierra; pero en balde.
Todo esto ya el padre lo sabía:
con el engaño a trabajar los puso.
A su tiempo, la tierra removida
les dió sabroso y abundante fruto.

MORALEJA

Quien busca un gran tesoro
no olvide que el trabajo
es el mayor de todos.



Las tres cosas del tío Juan

José Nogales

LUCÍA — la hija única del tío Juan — pensaba casarse con Apolinar, muchacho no pobre, hijo único, pero no muy amigo del trabajo.

Mas, ¿cómo obtener el consentimiento del tío Juan?

Apolinar se encaminó a la bodega y pasó primero bajo la parra que tendía sus sarmientos como cuerdas secas.

Estaba el tío Juan en mangas de camisa y sudaba como un oso polar.

—¿Eres tú?, dijo.

—¿No se imagina usted a lo que vengo? Y explicó Apolinar el motivo que lo llevaba.

Dióse tío Juan cuatro rasconazos en la cabeza y después de pensarlo prudentemente, exclamó: “Yo te digo, por ahora, que quien quiera casarse con mi hija ha de hacer tres cosas sin perdón de ninguna”.

—Aunque sean trescientas las haré yo, respondió Apolinar.

Y agregó el tío Juan: “Las tres cosas que pido son éstas: que me traigas todos los días la primera gallinaza que suelte el gallo al romper el alba; que te vea yo una vez siquiera quebrar un bocado de hierba sin doblar las rodillas, ni sentarte, ni tenderte; que me traigas una brasa en la palma de tu mano el día de mi santo por la mañana, y esto ha de ser con sosiego y sin meneos.

Salió Apolinar radiante de la bodega, aunque sabía cuántas fatigas iba a costarle su triunfo.

Aprendió a moverse cerca de sus peones; sintió dolor en los huesos porque nunca había hecho nada.

Supo trincar la hierba de un bocado, sin doblar las rodillas, ni sentarse, ni tenderse. A la hora del alba recogió la gallinaza del gallo. Fué diestro en mantener brasas en la palma de sus manos; un día tras otro se curtió bajo el sol, mientras todos admiraban la viña por él trabajada y su propio trabajo que estimuló a todos.

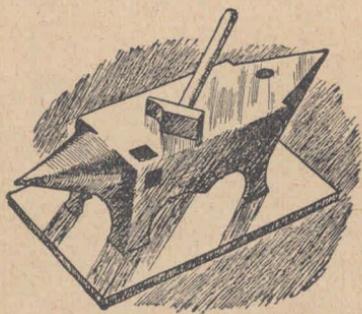
Y el tío Juan se quedó contento: él sabía con certeza, que las manos encallecidas por el trabajo, pueden muy bien — como las de nuestros paisanos — sostener en la palma, sin quemarse, una brasa. Sabía que el trabajo físico ablanda los huesos y es el mejor deporte. Y otra cosa sabía: que el gallo es el primero en levantarse.

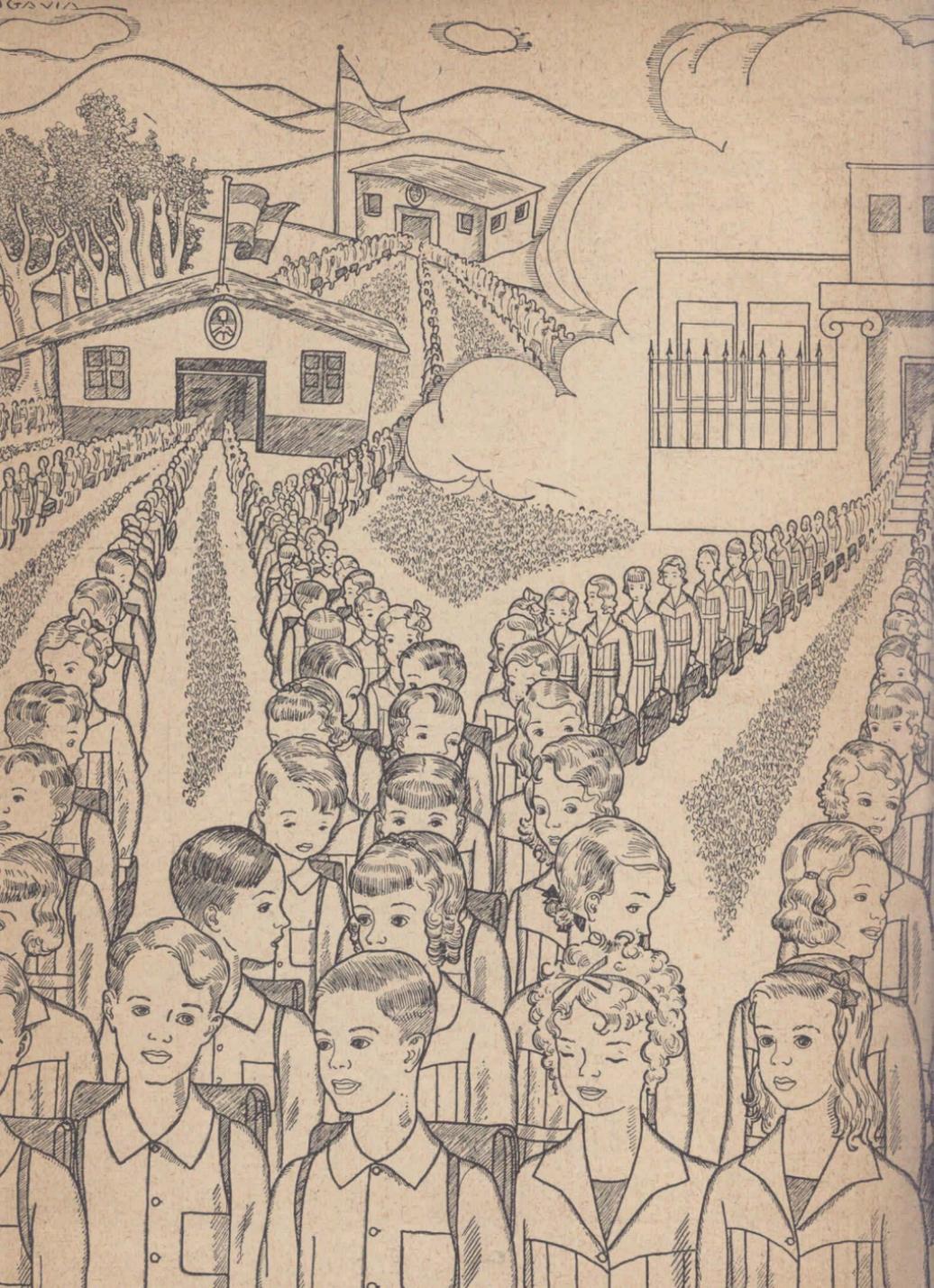
Las tres cosas que reclamó el tío Juan son propias de una raza fuerte, capaz de abrir en las llanuras argentinas, profundos surcos y gran amor entre los hombres.

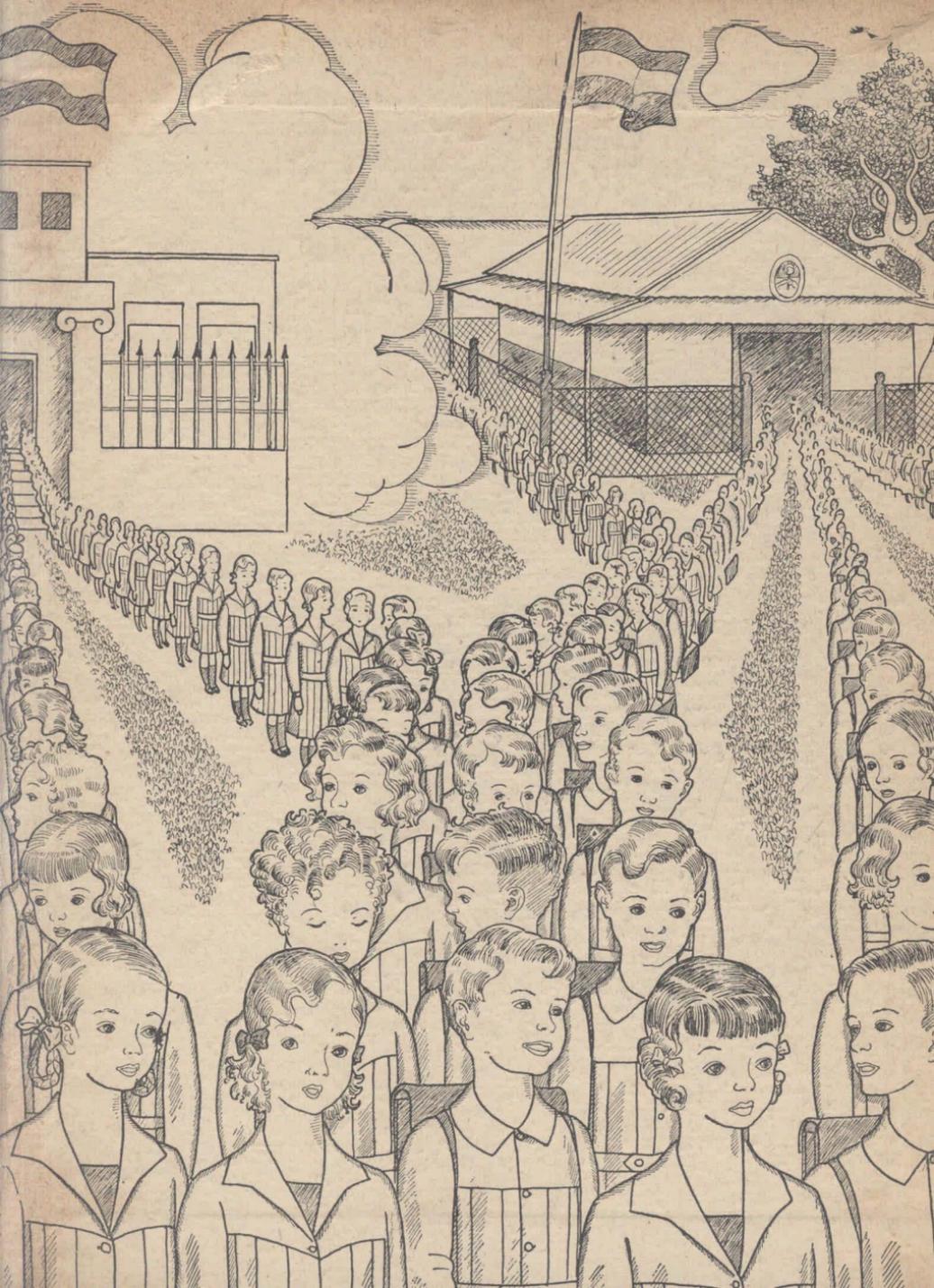
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

*Para el hombre ocupado
no hay día largo*

SÉNECA.









POR NUEVOS CAMINOS

Precio \$ 1.50